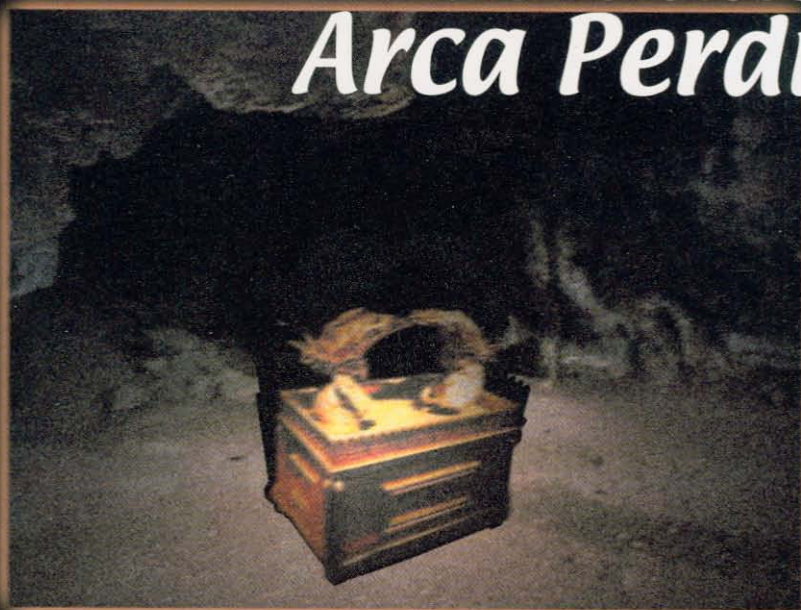


# LOS LIBROS DE LA EGIPTOLOGÍA

Egipto tierra de misterios y enigmas milenarios, todos tienen su explicación a la luz de los últimos descubrimientos

## *La verdadera Arca Perdida*



Desde las tierras de Uvero, en España, hasta Egipto y Etiopía  
Un viaje presente que nos descubre muchos de los  
pretendidos enigmas del pasado

El arca de papel  Editores



## DECLARACIÓN IMPORTANTE:

Al comprar uno de nuestros libros usted puede estar seguro de que no ha perjudicado uno de los ya escasos bosques primarios del planeta, con su flora y fauna. Ya que usamos para nuestra publicaciones EXCLUSIVAMENTE PAPEL RECICLADO.

El mismo se identifica por ese tono característico, ligeramente oscuro, que también es debido a la ausencia o mínimo uso de otros elementos contaminantes y dañinos al medio ambiente en el proceso de fabricación, como los usados en los papeles de tinte blanco.

Este papel reciclado es, económicamente, de un COSTE MAYOR al de los otros papeles, debido a que su fabricación es más laboriosa, y el costo de recuperar la materia prima muy superior a lo que las compañías multinacionales pagan a los países pobres por arrasar sus bosques. Sin embargo en nuestra Editorial pensamos que el esfuerzo merece la pena.

## Indice

|   |    |
|---|----|
| La luna de la civilización                        | 5  |
| Galimatías reaccionarios                          | 9  |
| Las arcas de las divinidades                      | 14 |
| Boceto egipcio para un nuevo altar                | 18 |
| Moisés el simulador                               | 23 |
| Línea directa con Yahvé                           | 31 |
| Peligrosos derroteros de un objeto intocable      | 34 |
| Los misterios del rey Salomón                     | 39 |
| La reina de Saba                                  | 44 |
| Del templo de Salomón a los templarios de Escocia | 46 |
| El afán esotérico de los nazis                    | 51 |
| Fábrica de quimeras                               | 53 |
| ¿Dónde excavar?                                   | 58 |
| El arca bajo el Domo                              | 60 |
| Se cierra el círculo mesiánico                    | 63 |
| Indiana Vendyl Jones y el Arca Perdida            | 66 |
| Algo late bajo el monte de Moisés                 | 68 |
| El secreto egipcio de los etíopes                 | 71 |
| Los conspiradores del tercer templo               | 76 |
| La trampa mortal del juguete                      | 81 |
| Epílogo   | 89 |

*“Las religiones, como  
las luciérnagas,  
necesitan de  
oscuridad para  
brillar”*

# La Luna de la Civilización

En lo que hoy conocemos como Asia occidental existe una amplia franja que nace entre las cuencas de los ríos Tigris y Éufrates, y se extiende hacia el Oeste para seguir la costa mediterránea hacia el Sur, incluyendo la Turquía Suroriental, las actuales Siria, Líbano, Israel y Jordania, y se une mediante la península del Sinaí con el valle del Nilo. Es una tierra fértil, de clima suave, entre las severas montañas iraníes y la extrema aridez del desierto arábigo.

Fue, precisamente ahí, en esas regiones conocidas como la Media Luna Fértil, donde comenzó la agricultura, la alfarería, la cestería, el hilado de la lana y el lino, donde se domesticaron animales por primera vez y donde se inventó la escritura y el número; en definitiva, donde surgió todo aquello que entendemos por civilización.

La más antigua que se conoce fue descubierta en un lugar llamado Jarmo, en el actual Irak septentrional, fundada quizá en el año 8.000 a.C., en donde el arqueólogo Robert J. Braidwood halló los restos de cimientos de casas de delgadas paredes de adobe. La otra ciudad igualmente antigua es Jericó, del año 7.800 a. C., situada en la tierra de Canaán, en el cuerno Sur de la llamada Media Luna Fértil, que al igual que Jarmo, data de los primeros tiempos de la agricultura en el valle del Jordán.

Será en esos escenarios donde se desarrollará la historia más fascinante jamás contada. Una historia reflejada en los libros que componen el Antiguo Testamento y que es la base del sistema religioso y cultural de tres cuartas partes de nuestro mundo. En ella se mezclan egipcios y babilonios, judíos y romanos, ortodoxos y herejes, dioses y ritos, pasiones y crímenes, victorias y desastres que forman parte de la memoria colectiva de todos nosotros y que siguen condicionándonos a pesar de los miles de años transcurridos.

¿No seguimos acaso utilizando los nombres de esos míticos personajes para describir nuestro parecer sobre distintos sucesos y personas? Así ponderamos la paciencia de una persona comparán-

dolo con el santo Job; tachamos de “cainita” a quien traiciona a los suyos; decimos de un hombre fuerte que es un Sansón; cuando algo ocasiona una enconada disputa nos referimos a ello como la “manzana” de la discordia; alabamos un juicio justo llamándolo “salomónico”; o “caemos de la burra”, como Pablo de Tarso, cuando por fin reconocemos algo que nos empecinábamos en negar. Como estos, nuestro lenguaje tiene infinitos ejemplos sobre la presencia constante de la Biblia en nuestra cultura.

Siendo, como es la Biblia, una de las columnas pilares de nuestra civilización, también se encuentran en ella muchos de los misterios que aún permanecen ocultos a la sabiduría del hombre. Misterios sobre tesoros fabulosos, como los que se guardaban en el templo de Salomón, y referencias legendarias a ciertos objetos sagrados que fueron entregados por Yahvé a Moisés como prueba de su alianza con el pueblo judío; alianza que más tarde el cristianismo extendería a todos los hombres.

Todos hemos escuchado hablar sobre las Tablas de la Ley, la vara de Aarón, la Menorah o el candelabro de los siete brazos, todos ellos objeto de culto y reliquias de inestimable veneración para todos aquellos fieles pertenecientes a una de las tres religiones del Libro (judíos, cristianos y musulmanes); pero ningún otro objeto ha despertado tanto las fantasías y devociones de los hombres como el Arca de la Alianza.

Según inferimos de las Antiguas Escrituras, este cofre sagrado ha sido, hasta el momento, el medio más directo y palpable que el hombre conocía para conectar directamente con Dios. La prueba más sólida y directa de su poder. Un objeto que suponía la felicidad para los hombres, pero del mismo modo atemorizaba por lo excesivo de su fuerza divina. Sin embargo, hace ya demasiado tiempo que tanto el Arca como el resto de los tesoros se encuentran desaparecidos.

Su desconocido paradero continúa siendo un misterio que lleva obsesionando al hombre desde el preciso momento de su desaparición. Emperadores, papas, monjes templarios, brujos, sectas, expertos esotéricos de la Alemania nazi, aventureros de todo tipo y arqueólogos, son y han sido parte fundamental de esta búsqueda

incansable para recuperar ese portentoso instrumento de poder.

Unos por ambición y otros por devoción, -cuando no por ambas cosas-, a lo largo de la historia miles de hombres se han esforzado por encontrar la solución a uno de los mayores enigmas que se plantea nuestra civilización. Y mientras tanto el Arca parece no querer mostrarse, al menos no de forma precisa, como si estuviese esperando agazapada a que llegue su momento. En un lugar y un tiempo que no nos será revelado, si creemos a Jeremías: “hasta que Dios tenga compasión de su pueblo disperso y lo reúna. Entonces el Señor mostrará de nuevo estos objetos y su Gloria se manifestará con la nube, igual que se manifestó en tiempos de Moisés y cuando Salomón pidió a Dios que viniera a consagrar su casa”.

La situación actual en Oriente Próximo y ciertos movimientos de oscuras organizaciones religiosas empiezan a arrojar pistas sobre un tema que parece estar más candente que nunca. Por otro lado, los avances científicos de la arqueología están abriendo una brecha cada vez mayor en el impenetrable muro de misterios y suposiciones que envuelven, desde siempre, a ese objeto tan sagrado. Dos intenciones, la espiritual y la histórica, que avanzan -a veces unidas, a veces enfrentadas- entre las tinieblas de innumerables presentimientos, para encontrar el fulgor de esa joya divina.

Las consecuencias de su hallazgo son impredecibles. ¿Supondría la construcción del tercer Templo de Salomón y la llegada del Mesías de los judíos? ¿Desencadenaría la definitiva guerra mundial provocada por la consiguiente destrucción del Domo de la Roca, lugar sagrado de los musulmanes en Jerusalén? ¿O derrocaría a los tres sistemas religiosos más extendidos de nuestra época, al comprobarse que sus orígenes se basan en un objeto de culto tribal como muchos otros de los que albergan nuestros museos? No sabemos; hasta hoy en día, los informes sobre su posible localización son demasiado imprecisos para que se puedan aportar como una prueba tajante. Mientras tanto, en un goteo incesante y desesperante, las pistas siguen llegando para advertirnos quizás de que ese momento se halla cada vez más cerca.

En este libro se analizan distintos aspectos sobre el Arca de la Alianza, su historia, sus supuestos depositarios y las distintas teorías sobre su posible localización. Además, se aportan los últimos resultados de las investigaciones arqueológicas y un documento inédito, que al no poder contrastarse no podemos atrevernos a juzgarlo como prueba fidedigna de la localización del Arca.

No obstante, las dificultades que rodearon a su obtención, sí nos han servido para advertir extraños movimientos en las sombras que nos llevan a sospechar mayores implicaciones de las percibidas por los medios informativos en el allanamiento llevado a cabo por Ariel Sharon en la explanada de las mezquitas, lo que desencadenó la segunda y hasta ahora imparable Intifada.

## **Galimatías reaccionarios**

Durante el trayecto en coche, apenas 30 Kms. desde Quintanar hasta el Puente de los Siete Ojos, el paisaje parecía empeñado en no concedernos un segundo de monotonía. Las paredes verticales de roca caliza erosionadas por la lluvia y el viento, nos daban la sensación de asistir a un concurso de esculturas convocado por la Naturaleza en el que se premiaba la forma más delirante, el aspecto más misterioso o inquietante; todo alternado con una vegetación de sabinas, enebros y pinos negrales que dominan el paisaje, mientras el aroma de aquellos campos sorianos se inundaba de tomillo, jara, cantueso y romero. Estábamos en el Cañón del Río Lobos, tierra mítica de Templarios y buitres que planean como guardianes sobre un misterio que se resiste a ser desvelado.

Del puente hacia abajo, camino de la ermita templaria de San Bartolomé, las formaciones rocosas parecían cobrar vida y ni la ordenada disposición de los chopos conseguía quitarme la sensación de que me estaba metiendo en algo que no era mío; como cuando uno se introduce, poco a poco, en una casa extraña que tiene la puerta abierta. Además no sabía si sería bien recibido.

Los arcanos grabados en las piedras de la ermita y los jeroglíficos de las laderas derretidas parecían emborronarse para perderse de mi vista. Estaba cansado. Casi diría que harto de leer tantas cosas, donde a lo mejor no ponía nada.

- El problema que tiene esto de aficionarse al estudio de los símbolos es que acabas viéndolos por todas partes -dijo Gonzalo, compañero de mis últimas fatigas viajeras, además de tonificante "Sancho" que me solía devolver los pies a la tierra.

- Ya, pero es que uno se apasiona... -contesté sin mucha convicción.

- Uno se apasiona y le acaba pasando como aquel del "Misterio de las Catedrales"...



- ¿Fulcanelli?

- Sí, ese. Estoy convencido de que siempre comía la sopa fría, a fuerza de estudiar los fideos. ¡Para el que sabe leer la “pasta” habla! -se burló Gonzalo.

- Tampoco exageres. Ni siquiera tú puedes negar que las iglesias medievales están plagadas de símbolos puestos con toda la intención.

- Mira, yo no digo que ese italiano...

- No era italiano -corregí, y al momento caí en la cuenta de que, en realidad, nadie sabe quién era Fulcanelli, por muchas identidades francesas que le adjudiquen.

- Pues lo que fuese. Yo no digo que no supiese mucho; ahora, no me podrás negar que estaba un poco paranoico.

- A veces, un exceso de sabiduría puede conducir a la confusión total.

- ¡Lo mismo digo de un exceso de románico! -me soltó Gonzalo con toda la intención.

- Protogótico -volví a corregir, sin darme cuenta de que mi compañero de excursión estaba a punto de saltarme a la chepa y clavarle todos los dientes.

A Gonzalo no le gustaba el campo. En realidad, no le gustaba nada que tuviese más vida que el aluminio y los azulejos Porcelanosa de su pub habitual. Era un hombre de ciudad y de su tiempo; o sea, se dejaba regir únicamente por la inmediatez de los semáforos. Como fotógrafo era bueno; sólo que lo suyo era la fotografía deportiva de coches y motos, y aquello de retratar pórticos y capiteles le sacaba de los nervios. Y más cuando se veía obligado a caminar kilómetros por el campo, cargado con todo el equipo, para llegar hasta alguna ruina abandonada.

Aquel día, nos dirigíamos a visitar la ermita de San Bartolomé, o Bartolo para los de casa, y aquello de “obra cumbre del simbolismo iniciático pétreo templario”, tengo que reconocer que le resbalaba bastante.

Al leer estas líneas, cualquiera puede pensar que Gonzalo es la compañía menos apropiada para alguien como yo, que me gusta

desenvolverme en parajes que encierren cualquier tipo de misterio; pero tengo que reconocer que, en este tipo de investigaciones, personas como él suelen ser altamente beneficiosas. Nada hay peor que tres “creyentes” juntos: los milagros empiezan a contarse por docenas.

Gonzalo me aportaba ese punto crítico, ese grado de normalidad que le enfría a uno el entusiasmo y le induce a ser lo más objetivo posible. Pero, empezaba a temerme que, en cuanto pusiésemos un pie dentro de la ermita, se iba a desahogar de tanto aire del campo, al más puro estilo inquisitorial.

- ¡Joder, que sitio más lúgubre! - Empezaba a avisarme.

Mi intención era estudiar de cerca unos capiteles donde, al parecer, se reproducen unos “tabotat” como los que se guardan en las iglesias de Etiopía. Se trata de unas tablillas que representan al Arca de la Alianza o a las Tablas de la Ley, que Moisés recibió directamente de Yahvé y que se guardan en cada templo etíope. Su presencia en aquella capilla templaria indicaba, claramente, que los templarios tenían conocimiento de la supervivencia del Arca a través de los ritos etíopes, mucho antes de que el libro “Kebre Negest” relatase por primera vez la historia del viaje del Arca a la tierra de la reina de Saba.

- Fíjate -le señalé a Gonzalo, para que enfocara con precisión la parte que más me interesaba del capitel- esa es la representación esquemática de los “tabotat” y está rematada por una cabeza, que podría ser un símbolo de ese Centro Supremo, ya que la cabeza es considerada como “principio rector” del ser humano y sede del espíritu.

Algo se crispó detrás del objetivo. Pero, al poco rato volvió a su trabajo y tomó fotografías desde diferentes planos. Luego, como si no fuera con él, comentó:

- Pues a mí me parece un cabezón al que se le nota la columna vertebral.

- No vas muy descaminado -dije mientras comenzaba a sacar un libro de mi mochila-. La coronilla del cráneo es un símbolo de la esotérica Puerta Solar, pues representa al chacra Sahasrara, -y

comencé a leer: “el punto donde termina la arteria coronal sutil o sushumna, que está en la prolongación directa del rayo solar llamado análogamente sushumna, y que, inclusive, no es en realidad, al menos virtualmente, sino su porción axial, intrahumana, si es dado expresarse así”.

- ¿Cómo... qué? -casi tartamudeó, mientras su cara iba cambiando más hacia la indignación que hacia la confusión- Pero, ¿qué coño es eso?

- René Guenón, la máxima autoridad en esoterismo del último siglo -dije-. Está de moda. Ahora te lo encuentras por todas partes.

- No me fastidies; pero si ese tío es un “juntapalabras” y no se entera ni él mismo de lo que dice.

- No es eso. Lo que pasa es que no se enteraba muy bien de lo que era un punto y seguido o aparte, y por eso parece más denso y hermético.

- ¿Me vas a decir que tú entiendes esa jerigonza? -se burló, con el mismo talante del gamberro de la clase.

- Hay partes oscuras, difíciles; pero capto la idea.

- ¿Y qué te parece? -preguntó desafiante.

- Me parece un reaccionario recalcitrante.

- Ya veo que está a la moda -asintió, un poco más interesado por el tema-. O sea que en esto del esoterismo también se da una tendencia a la Europea.

- Digamos que lo disfrazan empleando términos hinduistas para cosas que no haría la mayor falta. Bajo la piel de cordero, se esconde su admiración por todo lo indoeuropeo...

- ¡Ya, ya, ya! -me cortó Gonzalo-, el origen de la raza aria.

- Atlántidas o Thules, poco a poco se van imponiendo a través del lenguaje, acostumbrando a la gente a sus palabras, hasta que les resultan naturales. Y luego, vuelta a empezar...

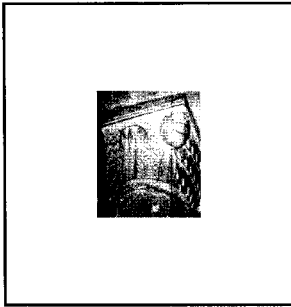
- Creo que ya tengo lo que necesitas -cambió de tema Gonzalo, mientras cerraba un maletín con objetivos.

Sentí cierta de amargura cuando reflexioné sobre el tema que me había llevado a investigar en aquella ermita: el Arca de la Alianza. Siempre historias de pueblos que se sienten “los elegidos”, siempre la ambición de dominarlo todo y expulsar al otro, al que no es como

nosotros. Templos portátiles que matan indiscriminadamente y conspiraciones ocultas para resucitar viejos altares. Los dioses únicos, los dioses “verdaderos”, siempre han exigido un alto precio en sangre.

Una hora después, toda la oscuridad se había desvanecido delante de una mesa en “Casa Paqui”, un restaurante de comida casera, donde los huevos fritos con chorizo y el marisco de la sierra, nos hicieron reconciliarnos con la vida.

— ¡Qué aproveche Guenón! -brindó Gonzalo. Y me pareció escuchar un bramido furioso desde las profundidades.



*Representación de un Tabot egipcio en un capitel de la hermita de San Bartolomé.*



*Imagen del autor rodeada por el impresionante paraje agreste de Soria.*



*El autor ante los vestigios de la antigua presencia templaria en el cañón del río Lobos.*

# Las arcas de las divinidades

En los albores de la civilización era costumbre entre las tribus seminómadas que vagaban por la creciente fértil de oriente, albergar dentro de cofres o arcones piezas importantes para la comunidad; ya fueran documentos o ídolos familiares. Existen referencias que pueblos como los fenicios, arameos, acadios, árabes y egipcios usaban estas arcas con fines domésticos o rituales.

En el caso del pueblo hebreo ese arca llegó a tener una importancia fundamental pues contenía las evidencias del pacto realizado con Dios. Era un archivo sagrado donde se guardaban los artículos que servían de recordatorio o testimonio. Esto la convertía en un artefacto religioso, ya que era un emblema del culto primitivo; un símbolo de la soberanía y de la presencia divina.

Sin embargo, esta descripción de un cofre como receptáculo, poderoso y terrible, donde se alojan los instrumentos de la divinidad no es original de los hebreos. En los Textos de las Pirámides, escritos entre las dinastías V y VIII (2494 al 2160 a.C.), ya se nos habla de una tradición sobre una caja de oro en la que Ra (el primer rey de los dioses) habría depositado unos cuantos objetos divinos, entre los que se encontraban su bastón, un pasador de su pelo y su “uraeus” (una cobra erguida que se colocaba sobre la frente o en la corona del faraón a partir del Reino Medio).

Este cofre era considerado como un talismán poderoso y peligroso, y junto a su contenido extraño, habría permanecido en una fortaleza cerca de la frontera del Este de Egipto, hasta muchos años después de la subida de Ra al cielo. Cuando Geb (el dios de la tierra) subió al poder ordenó que el cofre le fuese traído a su presencia. En el instante que la caja fue abierta, se desencadenó un torrente de fuego (descrito como “el aliento de la serpiente divina”) que fulminó a todos cuantos acompañaban a Geb y quemó gravemente al mismo rey-dios.

El Tabernáculo de la Ley tenía mucho en común con las arcas o los tabernáculos divinos de los babilonios y egipcios, que crearon distintos tipos de habitáculos para las figuras de los dioses o los emblemas heredados de la divinidad. El arca de Bel, el gran dios de Babylon, contenía la figura del dios y el rey lo visitaba ceremonialmente una vez al año. En las ocasiones solemnes el arca era llevada en procesión por el sacerdote alrededor de la ciudad.

También en Egipto las arcas de los dioses fueron guardadas en cámaras construidas con tal objetivo, y las figuras de los dioses se asentaban sobre tronos dentro de ellos. En el gran templo de Luxor, en el Alto Egipto, encontramos una descripción del esplendoroso Festival de Opet. Talladas en la piedra y lujosamente ilustradas aparecen las inscripciones realizadas en el siglo XIV a.C., por órdenes directas de Tutankhamon, donde se nos describe como el rey, acompañado de toda su corte, se había trasladado, desde su palacio hasta el templo, bajo el palio de una gran litera adornada profusamente, que precisaba la fuerza de doce hombres para ser transportada; pero estos portadores no eran esclavos, sino hijos reales y grandes funcionarios que se disputaban el honor de llevar a su rey. A su espalda, sombrillas de pluma de avestruz y abanicos de largos mangos le libraban de los rigores del sol ardiente. Un grupo imponente, formado por altos dignatarios y otros hijos reales, abría la comitiva, portando las insignias faraónicas. Entre los miembros del clero, estaba el “keryhebet”, portando el rollo donde se reflejaba detallado todo el programa de la fiesta; y otro sacerdote portando un incensario que agitaba alrededor de la litera del rey. Delante de los portadores marchaba el hijo primogénito, con la dignidad esperada en un presunto heredero del trono. Cerraban el cortejo, rodeado por militares armados, personajes relevantes, funcionarios y los sirvientes del faraón.

Después que el rey realizaba los ritos de libación ante la estatua del dios, los portadores, vestidos con una gran falda sostenida por tirantes y con el cráneo rasurado, cargaban las barcas con los dioses sobre sus hombros y salían del templo, atravesando la gran avenida flanqueada a ambos lados por esfinges. Precedía al grupo un tamborilero, mientras numerosos sacerdotes, cubiertos con una piel de pantera, quemaban en los incensarios resina de terebinto o sostenían sombrillas y abanicos.

Se trataba de una procesión masiva y alegre donde aquellas arcas en forma de barcos eran portadas sobre los hombros de varios grupos diferentes de sacerdotes. Una escena que no difiere mucho de la narrada en 2 Samuel 6:3-5:

“Iban a buscar el Arca de Dios, sobre la cual se invoca el Nombre de Yahvé de los ejércitos, quien se sienta en ella sobre los querubines. Pusieron el Arca de Dios en una carreta nueva y la llevaron de la casa de Abinadab, que está en la loma [...] David y todo el pueblo de Israel bailaban delante de Yahvé con todas sus fuerzas, cantando y tocando cítaras, arpas, panderos, sistros y címbalos”.

De igual modo, en “La metamorfosis” Apuleyo nos describe una solemne procesión de la diosa Isis, en la que también encontramos abundantes paralelismos:

“Otro llevaba un cesto en donde se hallaban los misterios y que ocultaba a las miradas profanas los secretos de la sublime tradición. Otro conducía en su feliz seno la venerable efigie de la más alta divinidad, la cual ni se parecía a ningún animal doméstico de cuatro patas, ni a un pájaro, ni a ningún animal salvaje, ni siquiera a un ser humano; pero ese símbolo era señal de un profundo culto y por su novedad le infundía más veneración; estaba hecho de oro brillante depositado en una urnita, muy artísticamente vaciada, toda redonda su base y por fuera enriquecida con maravillosos jeroglíficos de los egipcios”.

Es difícil resistirse a la idea de que quien había concebido el Arca de la Alianza tenía que estar, también, familiarizado con objetos de ese tipo. Al fin y al cabo, el pueblo hebreo procedía de Egipto y era lógico que reprodujeran las costumbres religiosas con las que habían convivido tanto tiempo.

Profundizando detenidamente en costumbres religiosas babilónicas y egipcias, encontramos muchas similitudes de lo que luego fue el gran sistema de adoración judío.

La religión egipcia era profundamente idolátrica. El dios habitaba en un lugar determinado, bien fuese un templo, un arca, o tuviese estatuas. Tenían arcas y tabernáculos en los que, resguardada por alas de gaviolanes, estaba la imagen de Dios, invisible para los profanos.

El Arca de la Alianza, construida por Moisés siguiendo las indicaciones de Yahvé era, en realidad, muy parecida a esas arcas egipcias. En el rito egipcio, esta capillita cerrada y portátil estaba siempre encima de una barca llevada en hombros por sus sacerdotes en las procesiones y peregrinaciones. Era un naós portátil, gracias al cual, los dioses podían hacer largos viajes sin que se dejara de tributarles en todo el camino los honores que se les debían. Y no otra cosa hizo Moisés construyendo, a la manera egipcia, un receptáculo sagrado para su dios.



*Representación de un arca egipcia.*



Querubines Hititas.



# Boceto egipcio para un nuevo altar

## Éxodo 25:

“Harás un Arca de madera de acacia, de dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y otro codo y medio de alto. La revestirás de oro fino por dentro y por fuera y labrarás una cornisa de oro alrededor. Le pondrás cuatro anillos, uno en cada ángulo del Arca, dos a un lado y dos al otro. Harás también unas varas de madera de acacia y las cubrirás igualmente con oro. Las pasarás por los anillos que están a los lados del Arca para llevarla. Estas varas estarán siempre metidas en los anillos y no se sacarán de ellos. En el Arca pondrás el Testimonio que yo te daré. Le harás una cubierta, el “Lugar del Perdón”, de oro puro, de dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho. Así mismo, harás dos querubines de oro macizo, y los pondrás en las extremidades de la cubierta. Pondrás un querubín a una extremidad, y el otro en la otra; formarán un solo cuerpo con la cubierta, a sus dos lados. Los querubines extenderán sus alas hacia arriba y sus alas cubrirán el Lugar del Perdón. Estarán de frente el uno al otro y sus caras mirarán hacia el Lugar del Perdón. Lo pondrás sobre el Arca, y pondrás dentro de ella el Testimonio que yo te daré”.

Estas instrucciones fueron seguidas por Bezaleel, Oholiab y otros hombres hábiles en todo tipo de trabajos, a quienes se les encargó no sólo la construcción del Arca sagrada, sino que también confeccionaron el Tabernáculo, la Mesa de los panes, el candelabro de siete brazos, el Altar del incienso, el Altar de los holocaustos, el vestuario de los sacerdotes y los demás objetos necesarios para el rito.

Según el libro de Éxodo, Moisés mandó construir el Arca por orden expresa de Dios, quien le dio el diseño por revelación divina. Se trataba de un cofre de madera de acacia de forma rectangular que

media 1,25 mts de largo por 75 cms de ancho y alto. Estaba revestido con láminas de oro puro por dentro y por fuera, y en su base disponía de cuatro anillos de oro, dos a cada lado, que permitían el paso de dos barras con las que la caja se izaba sin necesidad de tocarla.

El propiciatorio o plancha superior, funcionaba como tapa para sellar la caja, siendo su pieza principal. Estaba realizada completamente en oro puro y macizo, ya que se consideraba al preciado mineral como un símbolo de incorruptibilidad. Tenía además, un artístico borde del mismo material en forma de guirnalda.

Sobre la cubierta, Dios mandó que se labraran a martillo las figuras de dos querubines. Estos estaban arrodillados con los rostros vueltos hacia la tierra y sus alas estaban extendidas, una en dirección a la otra.

Cuando estuvo terminada, fueron depositadas las Tablas de la Ley (donde Yahvé escribió los Diez Mandamientos con su dedo) en su interior y depende de que libro, se le añade también la vara de Aarón (Números) y un vaso con maná.

El Talmud insiste en que el Arca contenía también algo más. Rabi Joseph (un sabio babilónico del s. IV) era conocido por enseñar que ambos pares de tablas, las enteras y las que fueron destrozadas, se encontraban dentro del Arca. Naturalmente, desde un punto de vista histórico son igualmente importantes el par de tablas que Moisés bajó del Sinaí y que destruyó con rabia cuando vio a los Israelitas adorando al Becerro de Oro. Pero ¿qué pasó con esos fragmentos sagrados? Rabi Joseph creía que su santidad no se había disipado y que Moisés había seguido concediéndoles la misma reverencia que al segundo par de tablas.

Con relación a las misteriosas figuras, algunos biblistas opinan que el término “kerubin” pudiese estar relacionado con la palabra acadia “karibu”; que según la iconografía oriental eran la denominación de unos genios de figura semihumana que velaban a las puertas de los palacios.

Lo cierto es que abundan las representaciones que los asirios hacían de criaturas aladas, especialmente de toros o leones. Pero también las encontramos entre los egipcios y los hititas. El trono del rey de Hirán en Biblos estaba soportado por dos criaturas de rostro

humano, cuerpo de león y grandes alas.

En realidad, nada sabemos del formato de los Querubines tallados para el Arca. El historiador Flavio Josefo nos dice que “tenía dos figuras que los hebreos llamaban Querubines; y que son criaturas aladas, pero en su forma nada parecida a ninguno de los seres contemplados por los hombres, y que Moisés asegura haber visto en el trono de Dios”. Naturalmente, Josefo hablaba de oídas, porque ninguno de los judíos de la era cristiana habían visto los utensilios originales, ni del Tabernáculo mosaico, ni del edificio salomónico. Junto a ello, nos encontramos con que las tradiciones del Antiguo Testamento nos silencian muchos de los detalles que hoy intentamos reconstruir.

Tras la liberación del cautiverio en Babilonia, en el 515 a.C., los judíos levantaron un segundo templo, bajo el mando del gobernador Zorobabel, ya que el primero había sido destruido en el 586 a.C.. Para entonces el Arca ya no parece mencionada por ninguna parte y parte del mobiliario ha de ser repuesto, así como se modelan nuevos candelabros de siete trazos, conocidos como los Menorah. (Uno de ellos, aparece grabado en la parte superior del Arco de Tito, en Roma, que conmemora la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C.). ¿Dónde está el arca? ¿Por qué nadie nos da una descripción de cómo eran esas figuras?

Según una antigua referencia talmúdica, se habían prohibido las representaciones de dicha iconografía por considerarlas idolátricas, por donde, lo más probable es que hayan sido figuras de aspecto humano, en vez de ser diseñadas como las figuras grotescas hechas a imitación de monstruosas imágenes aladas de otras naciones. Además hay que añadir que el pueblo judío estaba empeñado en diferenciarse totalmente de las otras religiones idólatras de la región, por donde parece bastante seguro que las dos figuras no recordasen en absoluto a ningún ídolo animal.

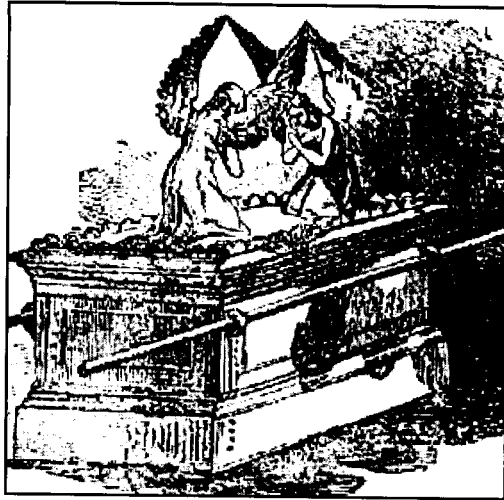
Sin embargo (véase “Faraón Moisés, faraón Jesús”, en esta misma colección), Egipto se nos aparece de nuevo para volver a contradecir esa pretendida originalidad: En una de las versiones del mito, Isis protege a Osiris muerto con alas largas plumosas, las que gracias a ser una Gran Hechicera ha sido capaz de cultivar. Esa tradición se trasladará a la decoración de las tumbas, donde nos pode-

mos encontrar sobre las puertas y las paredes las figuras de dos mujeres altas y terribles, que representan a las diosas Isis y Nephtys, con rostros tan severos como los que solemos ver representados en los arcángeles. Estas criaturas poderosas se hayan colocadas a la entrada de las tumbas para proteger el ritual y el contenido precioso de la tumba, para lo cual extienden sus alas justo como los querubines en la descripción bíblica de la Arca.

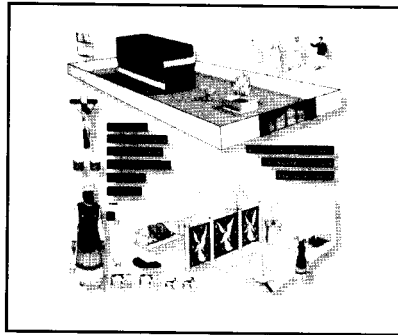
Parece bastante claro que Moisés, al que muchos consideran un ex-sacerdote egipcio (entre ellos Manetón, un sacerdote tolemáico del siglo III a.C.), se limitó simplemente a adaptar los elementos de un rito que conoció por el mismo en los templos egipcios. Como sacerdote iniciado pudo tener acceso a los “sancta sanctorum”, prohibidos a la visión del pueblo y conocer al detalle las medidas y formas del instrumental de culto. También debería saber el porqué de cada objeto y que forma debería dársele a cada uno. Además se encarga de iniciar personal y oralmente a los sacerdotes del Tabernáculo - setenta-, mientras que la Ley escrita se guarda en el Arca de la Alianza, otra influencia clara de los cultos iniciáticos egipcios, donde se guardaban los libros sagrados también en un arca.

Asistimos, pues, a la construcción de un arca según las instrucciones directas de Yahvé; un arca que está inspirada en otras arcas egipcias que también eran diseñadas con unas medidas precisas. Y ese arca será salvaguardada por dos personajes que están garantizados por el rito egipcio como los mejores protectores.

Un Arca que comenzó a ocupar un lugar destacado en el Sancta Sanctorum del Tabernáculo, ese templo portátil de los israelitas durante su éxodo en busca de la Tierra Prometida, convirtiéndose así en un auténtico talismán que representaba la alianza de Dios con su pueblo, cuando no la propia encarnación material de Yahvé.



*Dibujo de la supuesta Arca de la Alianza.  
Según los enfoques más ortodoxos*



*Venta por catálogo de un tabernáculo recortable.  
Muestra del enfoque mercantilista-religioso típico americano.*

# Moisés el simulador

No podemos hablar de Moisés y el Arca de la Alianza, sin hablar del pueblo judío, ya que son ellos los que profesan primordialmente la religión de Moisés y junto a él marcharán de Egipto en busca de la tierra prometida.

En el libro del Éxodo se establece que todo el conflicto comenzó por las suspicacias de los egipcios. En el fondo, comenzaban a padecer un problema de tanta actualidad como es el de la inmigración, y sufrían las mismas incoherencias: temían perder su religión politeísta, por la masiva presencia de unos monoteístas que además eran descendientes de Egipto, y por otro, necesitaban del movimiento económico que éstos generaban.

Como sabemos por la Biblia, los descendientes de Jacob, los israelitas, eran tan numerosos y fuertes, que los reyes de Egipto, temerosos de su creciente importancia, los sometieron a dura servidumbre, acabando por decretar la muerte de todos los hijos varones que nacieran en aquel pueblo. Pero Moisés, uno de estos niños, sería salvado por la hija del Faraón de las Aguas del Nilo, a donde había sido arrojado, y educado en la corte del rey egipcio, para más tarde ser el libertador de aquel pueblo y su legislador.

“Mi madre me tuvo en secreto, me puso en una cesta y me abandonó en el río”. Para mucha gente estas palabras pueden ser el inicio de la historia de Moisés y, sin embargo, aunque no lo parezca, no pertenecen a la Biblia y tampoco se refieren a Moisés. En realidad, fueron escritas mil años antes de la elaboración de los textos del Antiguo Testamento. El río no era el Nilo sino el Eufrates y el niño abandonado era el futuro rey babilonio, Sargón II de Akkad. Pero Sargón y Moisés no fueron los únicos niños que sobrevivieron milagrosamente a su abandono gracias a una cesta. La misma suerte corrieron otros personajes, tanto históricos como legendarios: Así nos encontramos con Alejandro Magno, Perseo, Rómulo, Edipo,

Heracles, Gilgamesh y muchos otros héroes legendarios que sorprendentemente escapan a las garras de la muerte (¿o vuelven a renacer?) surgiendo de las aguas de un río en una cesta o arca.

Esta peculiar sintonía con otros mitos no es, ni mucho menos, el único aspecto que levanta sospechas en cuanto a la autenticidad del Moisés descrito en la Biblia. Nos encontramos ante un personaje escurridizo, que ofrece mil rostros apenas presentidos bajo un velo de contradicciones y elipsis que logran cautivarnos con falsas esperanzas para más tarde desengañarnos con una nueva apariencia.

Nadie puede asegurar quién fue Moisés en realidad; sin embargo, pocas figuras como la suya permanecen tan vivas en la memoria de los hombres, despertando a su vez el más profundo rechazo o el fervor más intenso. Así, mientras para Manetón, como ya dijimos, Moisés era un sacerdote de un rito prohibido y líder de una banda de trabajadores leprosos en las canteras del Sinaí, además de aliado de los hicsos, (los odiados y despreciados asiáticos que gobernaron Egipto durante el Segundo Imperio); para Flavio Josefo, (historiador judío contemporáneo del siglo I d.C.), Moisés representaba los rasgos de un gran rey-filósofo helenístico.

La fuente egipcia tiene aquí un valor mayor que la fuente judía, porque los sacerdotes de Egipto no tenían interés alguno de hacer creer a los griegos o a los romanos que Moisés era uno de los suyos, mientras que el amor propio nacional de los judíos les incitaba a que hicieran del fundador de su nación un hombre de su misma sangre.

Pero, en cambio, el relato bíblico (Éxodo 2:1-10) hace de Moisés un judío de la tribu de Leví. La misma de donde procedía el clan de los "kohathites" o "hijos de Kohath", al que tanto Moisés como Aarón también pertenecieron, y los únicos portadores autorizados de la reliquia sagrada. Esta tribu levítica operaba como el cuerpo de seguridad personal de Moisés y como casta sacerdotal ostentaba el monopolio del ejercicio de los ritos y la custodia del Tabernáculo y del Arca de la Alianza.

La narración bíblica reconoce por otra parte que Moisés fue educado en Egipto y enviado por su gobierno como inspector de los judíos de Gossen. Este es el hecho importante, capital, que establece la filiación secreta entre la religión mosaica y la iniciación egipcia.

Clemente de Alejandría creía que Moisés estaba profundamente iniciado en la ciencia de Egipto, y de hecho la historia de Moisés sería incomprensible sin esto.

¿Quién se esconde entonces bajo el nombre de este héroe milenario? ¿Era un faraón egipcio, un líder hebreo, un sacerdote hereje, un general rebelde, un prodigioso mago o todas las cosas a la vez? La mayoría de los investigadores actuales sólo están de acuerdo en una cosa: su más que probable origen egipcio.

Para empezar, en el Éxodo se dice que una princesa egipcia le puso el nombre de Moisés porque lo sacó de las aguas; dando por supuesto que ese es su significado. Pero el término “moses” no es en realidad hebreo, sino una terminación de un nombre egipcio, como podemos apreciar en los nombres de otros faraones como Tut-moses o Ra-mases. Simplemente, se eliminó la primera parte del nombre de Moisés porque eso significaría citar el nombre de un dios egipcio (en los casos citados Thot y Ra), contradiciendo su negación de los viejos dioses.

Unos pocos versículos más adelante se narra la escena en que el príncipe Moisés mata a un capataz egipcio porque maltrata a un hebreo. Resulta extraño, teniendo en cuenta que eran ellos los que ordenaban el trato que habían de tener los esclavos. Además la afirmación de que lo hizo para ayudar a un hermano hebreo no es válida, porque en el momento del suceso Moisés no sabía todavía que era hebreo, sino egipcio, según el propio texto bíblico y como tal aparece posteriormente: “Un egipcio nos libró de las manos de los pastores...” (Ex 2, 19). ¿Se trataba acaso del enfrentamiento entre dos egipcios que representaban a dos dioses diferentes?

En otros pasajes plenamente contradictorios Moisés le pregunta a Yahvé quién es, pues no lo sabe: “...pero si ellos (los israelitas) me preguntan: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les diré?” (Ex 3, 13-14). Moisés no sabe el nombre de su Dios a pesar de que Yahvé le dijo quién era: “Yo soy el Dios de tu padre; el Dios de Abraham...”. Parece que los israelitas tampoco lo saben. Lo que indica que es un Dios nuevo para todos ellos.

Después, como si no las tuviera todas consigo con respecto a Moisés, Yahvé vuelve a decirle quién es: “Así dirás a los israelitas. El



Señor, el Dios de vuestros padres... este es mi nombre para siempre” (Ex 3, 15). Donde parece entreverse que Yahvé no consideraba a Moisés como israelita, pues distingue entre él y los israelitas: “Así dirás a los israelitas”. Además, parece indicar que es Moisés el que en Egipto descubre la antigua religión monoteísta, la del dios de los antecesores de los israelitas, Atón y que para el pueblo judío recibirá el nombre de Adonai.

Tal vez su calidad de egipcio explique las disculpas de Moisés en cuanto a que era “torpe de lengua y de boca”, haciendo que Yahvé le tranquilice diciéndole que Aarón hablará por él ante los israelitas. Lo cual indica que Moisés necesitaba de intérpretes para hacerse entender en una lengua que no era la suya. Lo que corrobora aún más la sospecha de que Moisés y Aarón no eran hermanos, sino que el último estaba al servicio de Moisés. En el Deuteronomio encontramos que Yahvé le dice a Moisés: “Allí en el monte morirás e irás a reunirte con tus padres, como Aarón, tu hermano, fue a reunirse con los suyos” (Dt 32, 50-51). Aarón, pues, no sería más que otro egipcio, que acompañó a Moisés en su salida de Egipto, transformado en levita por los autores bíblicos.

Otro dato importante para demostrar que Moisés era egipcio es la circuncisión. Los egipcios eran circuncisos y Moisés le impuso este rito a los hebreos, los cuales, según se desprende de varios pasajes, no sabían nada sobre esa costumbre antes de convertirse en seguidores del profeta. Significativo es que Herodoto cite a los fenicios y asirios de Palestina (los judíos) como practicantes de la circuncisión, costumbre que confesaban haber heredado de Egipto. Si se mira desde esta perspectiva, se puede entender esa imposición de Moisés a los hebreos como la intención de que tuviesen al menos una señal con la que equipararse con sus congéneres que dejaban atrás y que, de alguna manera, no fuesen considerados inferiores a ellos.

Estos deslices y muchos otros que aparecen en el relato de la vida de Moisés, indican que el autor bíblico está dando palos de ciego. En su intento por manipular a su conveniencia el pasado del profeta, no hace más que dejar huellas de su origen egipcio.

Si Moisés era egipcio, ¿Qué pudo hacerle abandonar su tierra y sus nobles funciones para adentrarse en el desierto con una horda de inmigrantes e incultos judíos?. Conocido es el desprecio histórico que sentían los egipcios por los pueblos extranjeros. Por otro lado, los judíos eran herméticos en sus costumbres y endogámicos en sus relaciones. ¿Cuál fue el motivo que les impulsó a elegir a un egipcio como su jefe, legislador y profeta de una nueva religión?. Existen numerosas contradicciones históricas en el relato bíblico del Éxodo, probablemente destinadas a dar coherencia forzosa al origen mítico del pueblo de Israel, como el único de toda la Tierra elegido por Dios para consolidar una Alianza sagrada.

Hacia el 1375 a.C. sube al trono el joven faraón que pasaría a la Historia con el nombre de Akhenatón. Durante los diecisiete años que duró su reinado impuso a todo el imperio una nueva religión monoteísta de adoración al Dios Supremo -Atón- cuyo símbolo visible era el disco solar, como fuente de radiación de la energía y de la luz. Encontramos versos áureos de Akenatón a su Dios Universal que nos recuerdan a los salmos de los profetas judíos y, más tarde, al Corán de Mahoma. Y dice el Faraón: “¡Oh Tú, Dios Único! ¡No hay otro Dios sino Tú!” Y es curiosa esta línea genealógica que geográfica y religiosamente entronca tres grandes culturas en el tiempo: El Atón de Akenatón, el Yahvé de Moisés y el Allah de Mahoma.

Akhenaton, inició un cambio religioso radical en un Egipto politeísta. Adoraba a un solo dios, Atón, el glorioso disco solar que derramaba los favores divinos de la luz, el calor y la vida sobre la tierra y sus habitantes. Pero no se contentó simplemente con añadirlo al conjunto de los demás dioses o incluso con convertirlo en la divinidad principal del panteón egipcio, sino que abandonó la vieja capital Tebas para fundar una nueva corte en un lugar hasta entonces deshabitado en el Medio Egipto. Pretendía relegar al olvido a la ciudad del dios Amón, de quien hizo borrar su nombre en todos los monumentos. Sólo Atón era el “único” dios y todos los demás dioses debían ser eliminados. Pero aquella nueva situación religiosa no duraría más que la corta vida del faraón, durante la que tendría que enfrentarse con los poderosos sacerdotes del tradicional culto al desposeído dios Amón.

A Akhenatón le sucedería Tutankhamon y, a éste, el faraón Ai (Ahmés), que reinó del 1331 al 1326 antes de Cristo. Fue precisamente este último faraón, furibundo politeísta, el que dio la orden de expulsar del país a los habitantes monoteístas de la ciudad de Akhetaton.

Estos egipcios expulsados hacia Canaán, provincia situada a 10 días de marcha desde el valle del Nilo, no se llamaban verdaderamente hebreos, sino “yahuds” (“adoradores del faraón”, ¿Akhenatón?) y, tiempo después, fundaron el reino de Yahuda (Judea).

¿Es posible que Akhenatón fuese introducido en ese mismo culto por su madre o por su mujer Nefertiti, ambas extranjeras, y que hubiese tratado de imponerlo pero con el nuevo nombre que había adoptado: Atón? ¿Por qué no pensar que Moisés había accedido a un culto que se había mantenido en secreto en los santuarios de Egipto? ¿No pudo ser que Moisés fuera un sacerdote de la Escuela de On, templo dedicado a Atón, y coetáneo seguidor del faraón iluminado? Las fechas coinciden. Podría ser que Moisés, viendo destrozado el culto al Dios Único a la muerte de Akenatón y siendo gobernador militar de la provincia limítrofe de Gosen, decidiera llevar a cabo el experimento social más arriesgado de la Historia: crear “casi de la nada” un pueblo, una religión y una nación. Todo parece indicar que Moisés, después del fracaso de Akhenatón, trató de reiniciar ese culto en otras tierras, contando con el pueblo más indicado.

El famoso Éxodo bíblico sería pues la expulsión de Egipto de los habitantes monoteístas de Akhetaton (horizonte de Atón), la ciudad hoy conocida como Tell el-Amarna, que fue fundada para el nuevo culto por Amenhotep IV (1350-1334 a.C.), soberano de la XVIII dinastía del Imperio Nuevo, que se cambió el nombre por Akhenaton (que significa “agradable a Atón”).

La Biblia, al hablar de Abraham, respeta el orden cronológico de la vida del faraón monoteísta Akhenatón y refleja su biografía en perfecta sintonía con la egiptología: desde la ruptura con el politeísmo, pasando por la destrucción de los ídolos, hasta las intrigas entre sus esposas e hijas (no olvidemos que Nefertiti cayó en desgracia,

sustituida por una hija del faraón, tal vez porque previó que la empresa idealista de su esposo iba a fracasar).

Esta revolución interna de egipcios o descendientes de hicsos nacidos en Egipto, que ya llevaban algunas generaciones en el país y compartían parcelas de poder, explicaría el hecho de que no se hayan descubierto en los jeroglíficos testimonios fehacientes de un pueblo que vivió 430 años en Egipto (210 como esclavo) bajo distintos faraones. Y de esta forma tendría sentido que los expulsados pudieran instalarse en Canaán, administrada por Egipto durante gran parte de su historia, sin que la autoridad faraónica reaccionara. Lo que terminaría por aclarar el porqué un pueblo tan impregnado por la sabiduría de Egipto pudo desaparecer de la manera más misteriosa, sin dejar rastro o huella alguna ni en las tumbas ni en los templos; pues tan solo se le menciona en la famosa “Estela de Israel”, descubierta en 1896 en el templo funerario de Merneptah, en Tebas:

“Los reyes enemigos están vencidos, gritan Salam (paz). Ni uno de los Nueve Pueblos del Arco (los beduinos) levanta la cabeza. Arrasado está el país de los Tehenú (los libios). Los hititas están pacificados. Canaán está saqueado. Conquistadas están Gezer y Ascalón. Yenoán ya no existe. Israel está derribado y yermo, no tiene semilla. Palestina es una viuda. Todas las tierras están unidas y pacíficas. Los que eran turbulentos están sujetos por el rey Merneptah, ¡que viva muchos años!”.

El hecho de que los especialistas en el Antiguo Testamento pensaran que el Éxodo tuvo lugar bajo la égida de Merneptah ha originado que esta inscripción se haya hecho famosa y tome una importancia que de otro modo no hubiera tenido nunca, por lo que ha pasado a la historia como “la estela de Israel”. No obstante, parece olvidarse que, según la Biblia, el faraón que reinaba murió ahogado al intentar atravesar el Mar Rojo en persecución de Moisés y su pueblo, y que Merneptah murió como consecuencia de una calcificación de las arterias.

En cuanto a Yahvéh era un dios primitivo, volcánico, cruel, patriarcal, celoso y vengativo, adorado por las tribus medianitas de Qadesh, un oasis situado al sur de Palestina, entre la península del Sinaí y Arabia, a quien las enseñanzas egipcias de Moisés y después los profetas intentarían dulcificar y darle un sentido universal confiéndole las características de Atón.

El padre del Psicoanálisis, Sigmund Freud, apoyó, en su día, la misma teoría: “Si Moisés fue egipcio, si transmitió su propia religión a los judíos, fue la de Akhenaton”, dijo, y no andaba muy descaminado.



*Gracias a Hollywood, esta es la imagen que todo el mundo tiene de Moisés.*



*Grabado en el que se representa a Moisés en tierras egipcias.*

## Línea directa con Yahvé

Si existe un lugar sagrado para cualquier tipo de culto ese será aquel donde se manifiesta el dios. No tenemos más que recorrer los distintos monumentos religiosos que pueblan el mundo para comprobar que, en su inmensa mayoría, todos poseen un rincón considerado el más sacrosanto de toda la estancia donde se produce la manifestación o teofanía de lo sobrenatural y que, por así decirlo, se encarna en algún objeto material pero infiltrado del espíritu celestial.

En las iglesias cristianas ese “Sancta Santorum” de los antiguos dioses es el sagrario que encontramos en el altar, que aún conserva la forma de hornacina típica de los templos antiguos. Allí se guarda el copón, grial contenedor de las sagradas formas, en las que se producirá el milagroso portento de la transustanciación divina. Hostias sagradas o estatuas egipcias donde se encarnan los dioses, y también estatuas de santos que se pasean en las procesiones y que poseen el máximo valor para los fieles. Todo en el templo cristiano respira esa influencia profunda de la religiosidad egipcia, desde su arquitectura hasta los objetos de culto y el instrumental de los ritos. Porque allí se manifiesta la divinidad y tal suceso merece que todo esté dispuesto con la máxima perfección.

El lugar donde se manifiesta lo divino siempre ha sido y será el espacio más sagrado, pues allí es donde el hombre tiene un contacto directo con Dios. La Biblia nos cuenta que cerca de las colinas de Judá, en un lugar llamado Betel, el patriarca Jacob soñó con una escalera que llegaba a los cielos y por la que subían y bajaban multitudes de ángeles. Por la mañana, Jacob levantaría un altar de piedra como monumento de que allí se había dado ese contacto directo entre el Cielo y la Tierra. Según los comentarios judíos a las sagradas Escrituras, conocidos como Midras, el patriarca pintó la piedra con polvo y Dios la hundió tan profundamente en la tierra que llegó a ser el ombligo del mundo. El mismo relato cuenta que ésta sería el fundamento del posterior templo de Salomón.

Bet-El (en hebreo, Casa de Dios), ya había sido un santuario cananeo mucho antes de la época patriarcal. Pero esta roca no era una “asera” o símbolo fálico, propio del culto ritual a los dioses Baales, sino que el lugar en sí era considerado por los hebreos como testimonio de la Epifanía o manifestación divina.

En el Sinaí, tras haberle entregado Dios el Decálogo a Moisés, se efectuó “El ritual de la Alianza”, lo que suponía el paso previo a la construcción del Tabernáculo y de los objetos sagrados, entre ellos el Arca. Una vez que la ley fue puesta por escrito y leída, Israel aceptó el dominio de su Dios-Rey. Acto seguido se levantó un santuario provisional sobre la piedra, con un altar central y doce columnas simbólicas, representando a cada una de las tribus de Israel. Dicha piedra, cumplía el papel que luego pasó a desempeñar el Arca, ya que sobre ella se derramó la sangre de un sacrificio expiatorio.

Cuando el cofre de Dios se terminó de construir un mes después, la ley fue colocada en su interior y el arca se convirtió en un símbolo oficial y visible de la autoridad divina.

No es que Yahvé estuviese en el Arca, pero su manifestación se trasladó desde la cumbre del Sinaí hasta posarse en forma de nube sobre ella. A este fenómeno numinoso se lo conoció como el “Shekinah”, la luz celestial que brillaba sobre las imágenes las imágenes arrodilladas de los querubines, como si el mismo dios estuviera montado sobre ellos, a la manera de un trono.

Según la Biblia, Moisés y los sacerdotes podían comunicarse con Yahvé en el tabernáculo; su voz emanaba de un punto en el espacio entre los dos querubines sobre la Arca: “Cuando Moisés entraba en la Tienda de las Citas para hablar con El, oía la voz que le hablaba de lo alto del Lugar del Perdón que está sobre el Arca del Testimonio, de entre los dos querubines”.

Esa tapa de oro (kaporeth) que cubría el altar, conocida como Lugar del Perdón o Asiento de Piedad, derivaría en una tradición posterior, tomando el papel atribuido al Arca -es decir el signo de la presencia divina- en el período después del Exilio en Babilonia. En Megiddo se encontró una placa primorosamente tallada en marfil donde se representa a un tribunal cananita y el rey aparece asentado sobre un trono apoyado por esfinges para representar que su juicio emana directamente de la divinidad.

El pueblo de Israel había sido dotado con un instrumento que le permitía hablar y escuchar a su Dios, lo que probaba la autenticidad de su Alianza. Las apariciones parciales que habían experimentado los Patriarcas fueron reemplazadas por ese portento constante, un destello que acompañó al pueblo durante su travesía en el desierto; de día como columna serpenteante de humo y de noche como estela llameante.



*Reproducción del Tabernáculo según la descripción Bíblica.*



*Reproducción de un sumo sacerdote.*



# **Peligrosos derroteros de un objeto intocable**

Desde el momento en que Yahvé da las instrucciones sobre la fabricación hasta su llegada a Jerusalén donde será alojada definitivamente en el Sancta Sanctorum del Templo de Salomón, podemos seguir sin ninguna dificultad todo el recorrido que realiza el Arca.

La primera vez que muestra su poder ayudando al pueblo de Israel es cerca de Jericó, donde dio a Israel su primera victoria militar en Canaán.

“Los sacerdotes tocaron las trompetas, y cuando el pueblo, oído el sonido de las trompetas, se puso a gritar clamorosamente, las murallas de la ciudad se derrumbaron” (Josué 6:20).

Después aparece en Gilgal, en las inmediaciones del Mar Muerto, para más tarde ser desplazada a Siquem, donde será renovado el pacto con Yahvéh que simbolizaba el Arca y su contenido: las Tablas de la Ley.

Posteriormente, luego de un breve paso por Betel, el Arca permanecerá largo tiempo en Siló, donde será vigilada por la familia del sacerdote Eli, hasta que sea reclamada para la batalla de Afec, en la que los filisteos se apoderarán de ella como trofeo de guerra. Sin embargo, la felicidad de los filisteos se convertirá en desesperación al comenzar a padecer una serie de extrañas enfermedades que no cesarán hasta que devuelvan el Arca a sus propietarios originales siete meses más tarde.

Volveremos a tener noticias de ella en Bet Semes, donde mostrará su poder indiscriminado fulminando a setenta hebreos que no fueron excesivamente cuidadosos con ella. De ahí pasaría a Quirat Jearim, donde fue custodiada durante veinte años por un cierto Abinadab, hasta que el rey David se propuso llevársela a Jerusalén.

En la narración del traslado la fulminante muerte un hombre, llamado Uza, confirmará la inseguridad en el transporte de un objeto, el Arca, que a todas luces se muestra como incontrolable; y, tal vez, esa condición sea la causa de que se decida dejarla en casa de Obededom de Gat, de donde pasará definitivamente al Templo de Salomón.

Imaginémonos el traslado del Arca. Es una procesión inmensa, en que van miles de personas cantando, bailando y tocando música, precedidos por el mismo rey David que danzaba ante su presencia. Se ofrecen innumerables sacrificios y reina una gran alegría porque Yahvé está con su pueblo.

El Arca era muy importante para los israelitas. En ella se encontraba la Ley que Moisés recibió de Dios en el monte Sinaí. Además, ellos imaginaban a Dios presente encima del Arca, cuya cubierta de oro era como tarima para sus pies. Pero ¿a quién pertenecía el Arca? ¿Era de las doce tribus o de alguna de ellas en particular? De su estancia en varios santuarios: Silo, Gilgal, Betel, etc., se deduce que era patrimonio de todos. Entonces, ¿qué pretendía David al llevarla a Jerusalén, su nueva capital? ¿Era un gesto político para confirmar su propia autoridad sobre todo Israel? Lo más seguro que sí. Pero, a la vez se trataba también de un acto religioso, en una época en la que no se conocía la separación entre el poder político y el poder religioso. Hasta entonces Israel era en su conjunto el pueblo elegido de Yahvé, pero ningún israelita se había sentido como representante de esa Alianza. Hasta que llega David y se proclama como el elegido de Dios, el “hijo de Dios”, según las palabras del profeta Natán, y con él ostentarán el mismo título todos sus descendientes. Por eso, reivindica el derecho de tener el Arca muy cerca de él; quiere que esté la presencia de Dios en un Templo que sea como la capilla particular de su familia. En Israel, sólo los hombres de la tribu de Leví, por estar especialmente consagrados a Yahvé, tenían derecho a servirlo y a acercarse a las cosas sagradas. Abinadab y sus hijos habían acogido al Arca en su propiedad; pero no podían tocar el Arca sin ser alcanzados por la radiación tremenda o lo que fuese aquel enorme poder que emanaba. Se nos dice que Uza fue castigado por Yahvé, muriendo fulminado al tocar el Arca sin tomar las debidas precauciones. En Samuel II, capítulo 6, se cuenta así: “Cuando llegaron

a la era de Nacón, los bueyes tropezaron y Uza alargó la mano al Arca de Dios para sujetarla. El Señor se encolerizó contra Uza por su atrevimiento, lo hirió y murió allí mismo junto al Arca". Este término refleja bien la mentalidad de aquellos tiempos cuando no se distinguía bien entre pecado, error y accidentes: todo lo que trastornaba el orden tradicional y divino era considerado como pecado.

Esa muerte súbita de Uzá tendría el valor de un símbolo para los que fueron testigos de ella, pues les hizo comprender que el poder de Yahvé era ilimitado y que al mismo tiempo estaba siempre presente en su santuario. Fue entonces cuando David decidió transportar el Arca a casa de Obededom. ¿Qué intención había detrás de dejarla en la casa de un extranjero? ¿Era porque Yahvé no podía pedirle cuentas a un extranjero o porque era mejor que un extranjero sufriese las consecuencias de la cólera irreprímible del Dios? Nunca se conocerán exactamente los motivos, aunque todo hace pensar que se trató más bien de un ataque de pánico ante un objeto que parecía demasiado incontrolable. Sin embargo, sabiendo que el Arca otorgaba bendiciones al que la acogía, finalmente decidieron que mejor estaba al lado del rey.

En principio, aquel cajón no parecía un objeto mortal. Estaba cerrado por una tapa de oro macizo que recibía el nombre de propiciatorio, y en cada extremo lucía sendos querubines con las alas extendidas hacia arriba y los rostros enfrentados mirando hacia el centro. Aquél, sin duda, era el lugar destinado a Yahvé. Y allí descansaba una llama -la Gloria de Shekinah- que, al parecer, era una especie de "fuego espiritual".

Para protegerse de las iras de aquel fuego, durante el Éxodo, el Arca siempre había viajado dentro del Tabernáculo, una tienda móvil que hacía las veces de templo. De las instrucciones que Yahvé dictó a Moisés para componer aquel templo portátil (Éxodo, 25) se deduce que fue diseñado, casi con seguridad, siguiendo una geometría sagrada como la usada para construir la Gran Pirámide o el Templo de Karnak en Tebas. Y lo mismo puede decirse del Tabernáculo permanente que el rey Salomón mandó construir en su gran templo, en Jerusalén.

No obstante, todo parece indicar que los sucesores de Moisés, quizás menos expertos en el manejo de arcas sagradas que el pro-

feta iniciado en Egipto, tenían alguna que otra dificultad para contener su poder.

Lo cierto es que no era un talismán; su sola presencia no garantizaba la obtención de los resultados pretendidos; tal como lo prueba el que después de derribar gracias al poder del Arca los muros de Jericó, sufrieron una aplastante derrota al conquistar la ciudad de Hai.

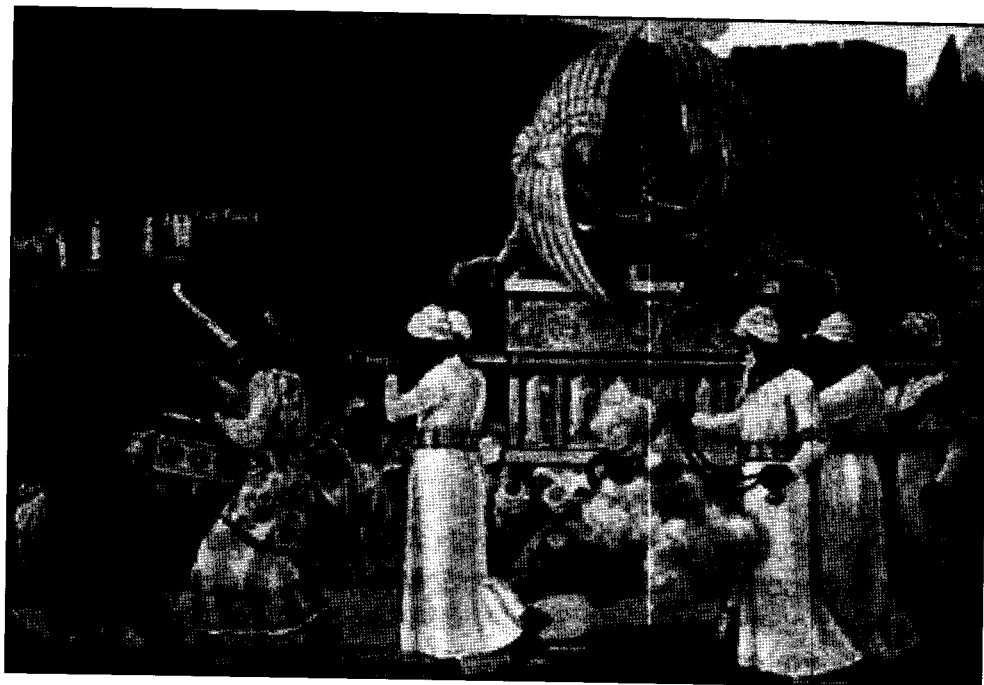
En otra ocasión, el Arca fue capturada por los filisteos durante un combate. Este pueblo tenía por costumbre llevar a sus ídolos al campo de batalla. Por lo tanto el Arca, para ellos, era algo más que un trofeo; considerándola una especie de talismán mágico que les daría la victoria. Como tal, los filisteos la depositaron en el templo de Dagón, una divinidad mitad hombre y mitad pez; pero cada mañana los sacerdotes, al entrar al recinto, se encontraban inexplicablemente al dios Dagón tirado en el suelo, como si estuviese postrado ante el trono de Yahvé.

Al parecer, nada más apoderarse del Arca, los filisteos sufrieron todo tipo de plagas, por lo que decidieron devolverla de inmediato.

Como ya dijimos, según la ley mosaica, sólo el Sumo Sacerdote podía mirar el Arca, y solamente los levitas designados podían transportarla. Cuando los israelitas fueron a recuperarla no tuvieron en cuenta este precepto y el Arca, emitiendo un tremendo poder sobrenatural, fulminó un buen número de ellos.

Una vez pasado el incidente, se preparó una tienda en Jerusalén donde estuvo el Arca hasta que Salomón terminó su Templo. Y fue allí, curiosamente en el lugar más seguro de todos en los que estuvo el Arca, donde se le perdió la pista para siempre.

Para muchos, el Arca no se movió hasta que el formidable ejército de Nabucodonosor arrasó Jerusalén en el 586 a.C. Otros, en cambio, creen que desapareció en tiempos del propio Salomón, cuando su hijo Menelik -fruto de la relación que mantuvo con la reina de Saba- la robó para afrentar a su padre.



*Representación del traslado del Arca de la Alianza al Templo de Salomón.*

## Los misterios del rey Salomón

Si el Arca y las demás reliquias eran de las posesiones más preciadas que guardaba el Templo, la totalidad del tesoro del Rey Salomón sigue aun en nuestros días despertando todo tipo de especulaciones. Nadie sabe a ciencia cierta qué piezas contenía, cuál era su utilidad misteriosa y arcana, y mucho menos dónde se encuentran.

Lo curioso de la historia es que invariablemente a lo largo de la Historia tanto Templarios, como Visigodos o los mismísimos Nazis, en sus despropósitos esotéricos, se han visto involucrados en su búsqueda. Y es que existen otros objetos no mencionados en la Biblia que, supuestamente, también formaban parte del fabuloso tesoro. Entre ellos estaba la famosa “Arpa del Rey David” y el prodigioso “Trono del Rey Salomón”, del que se decía que tenía extraños mecanismos internos que lo asemejaban a una máquina voladora.

Otros objetos aparecen también misteriosamente descritos en el Libro del Éxodo (25): “Harás también las fuentes, los vasos, los jarros y las tazas para las libaciones. De Oro puro los harás. Y sobre la mesa pondrás perpetuamente delante de mi el Pan de la Presencia....” Quizás todo sea fruto de unas frases crípticas que vendrían a denotar no la presencia de un Tesoro físico, sino más bien espiritual e iniciático que hasta el momento no hemos sido capaces de descifrar.

Salomón podría haber pasado a la historia como “el rey viajero”. Según los textos antiguos, el enigmático monarca de Israel era capaz de cubrir enormes distancias en períodos de tiempo impensables para la época. De esta forma, visitaba cada mes a su amada Makeda, reina de Saba, y empleaba en el trayecto tan sólo medio día, gracias a la ayuda de unos pequeños genios llamados “djins”. ¿Qué misteriosos conocimientos poseía Salomón para llevar a cabo tales prodigios? Y lo que es más importante: ¿De dónde los extrajo?

Conocedor de los nombres secretos de todas las cosas, Salomón dominaba a estos genios y los hacía trabajar para él. Desde los egipcios se conoce el poder de la Magia de los Nombres Verdaderos y como su conocimiento permite conseguir la completa sumisión de quien es nombrado. Esa misma Tradición dice que Salomón llegó a reunir la portentosa cantidad de sesenta millones de djins para una batalla que, por supuesto, ganó. Los djins le suministraron no sólo ayuda, sino poder y conocimiento. En la Sura XXXIV del Corán (versículos 11 y 12), hablando del poderío de Salomón se lee este extraño pasaje:

“Sometimos a Salomón el viento: el de la mañana soplaba un mes; el de la tarde soplaba un mes. Para él hicimos fluir la fuente de alquitrán. Entre los genios, algunos con el permiso de Dios, trabajaban delante suyo, y al que de ellos se hubiese apartado de nuestra Orden le habríamos hecho gustar el tormento del fuego. Le hacían lo que quería: ermitas, estatuas, platos como depósitos y marmitas inmóviles...”.

Salomón tenía muchos de estos serviciales espíritus guardados en recipientes herméticamente cerrados. En tiempos de Mahoma, la historia de este rey judío y sus diablos o genios, que tenía encerrados en una botella, debió ser lo suficientemente conocida como para dejar su huella en los suras del Corán. En este texto sagrado se confirma que las huestes de genios colaboraban con él en arduas tareas, como la construcción de tres poderosas fortalezas y del grandioso Templo, para albergar dignamente el santuario del Arca de la Alianza, que dio testimonio imperecedero de su sabiduría.

Aparte de su valor simbólico, la mención de estos djins viene a constatar que diversos relatos, para explicar el enorme poderío que tuvo en su época Salomón, se empeñan en atribuirle ayuda sobrenatural en forma de estos serviciales espíritus.

Salomón (996-926 a.C.), hijo del rey David y de Betsabé, llegó a ser uno de los monarcas más ricos, poderosos y sabios de su época gracias a muchas de sus virtudes, entre ellas las de organizar el Estado de Israel en doce provincias, crear un poderoso ejército equi-

pado con numeroso carros de combate y construir, por supuesto, el soberbio Templo de Jerusalén.

También poseía una de las mejores flotas marinas del mundo, cuyo puerto estaba situado en Ezión-Gueber, cerca de Elat. Sus barcos los erigían los hebreos pero, curiosamente, los tripulaban los fenicios, que eran mejores navegantes. El oro entraba a raudales y lo buscaban en un lejano y fabuloso país llamado Parvaim (o Paruim).

A este respecto, la fascinante historia del rey guardián del Arca de la Alianza nos ofrece otro aspecto maravilloso y que podría conectarse con los secretos de los posteriores inquilinos de su templo: los Templarios, y su conocimiento de la existencia de Sudamérica.

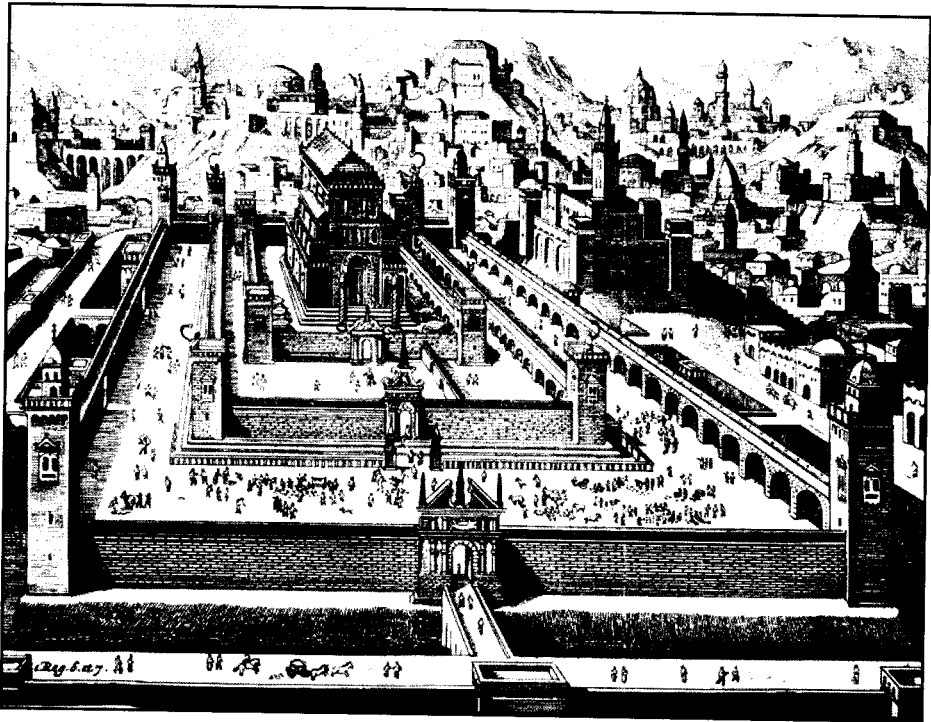
En 1872, el fascinante hallazgo, en Pouso Alto, en el estado de Paraíba (Brasil), de una inscripción redactada por una expedición fenicia, situaría el nombre de Salomón y el rey fenicio Hiram en las tierras del Nuevo Mundo casi ¡1000 años! antes del nacimiento de Jesús.

Por la Biblia y otros escritos se sabe de la colaboración entre estos dos reyes para la construcción de flotas que llegaron a realizar expediciones comerciales, con tripulaciones mixtas hebreo-fenicias que partían del puerto judío de Asiongaber hacia África y España. Pero la traducción de esta inscripción realizada por especialistas como Ernest Renán o Lienhard von Delekat, nos confirma que los navegantes antiguos fueron capaces de llegar mucho más lejos de lo que se suponía. La versión del texto encontrado por el también especialista A. Van den Brandem dice así:

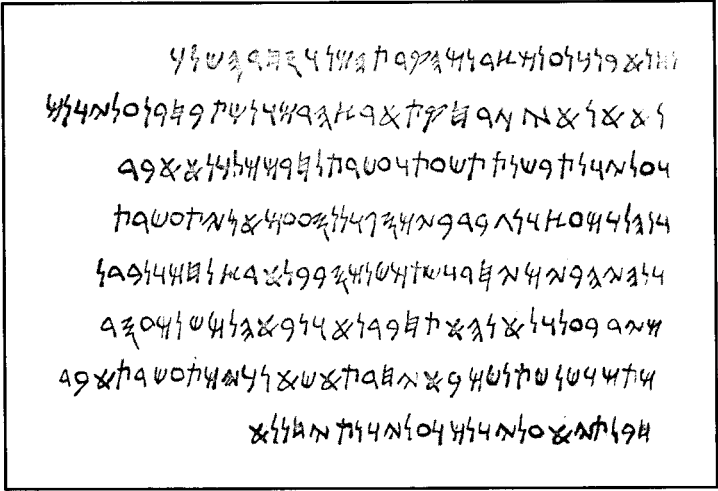
“Nosotros somos hijos de Canán, de Sidón, la ciudad del rey. El comercio nos ha traído hasta esta costa lejana, región de montañas. Hemos ofrecido un sacrificio de incienso a los dioses y a las diosas en el decimonoveno de Hiram, nuestro poderoso rey. Hemos venido de Asiongaber, en el mar Sereno. Partimos con diez barcos; estuvimos juntos en el mar durante dos años alrededor de la tierra de Ham y fuimos separados por la mano de Baal y no estuvimos más con nuestros compañeros. Hemos llegado aquí doce hombres y tres mujeres sobre esta orilla lejana, de la que yo Mat-Astart, el jefe, he tomado posesión. Que los dioses y las diosas nos sean propicios”.



¿Consiguieron volver estos navegantes de nuevo a Israel? Y si es así, ¿procedían de Sudamérica las grandes cantidades de oro de Salomón? La inscripción está perfectamente datada y autenticada por los mejores especialistas. ¿Por qué no pensar que los templarios encontraron mapas de esa ruta en sus misteriosas excavaciones, durante nueve años, en lo que se conoce como los establos de Salomón, bajo la mezquita de Al-Aqsa, en Jerusalén? ¿Era el lejano y fabuloso país llamado Parvaim, a donde enviaba su flota Salomón, la misma tierra de Punt de donde los egipcios traían abundantes tesoros?



*Grabado en el que se aprecia el Templo de Salomón en su época máximo apogeo.*



*Fácsimil de la inscripción de la famosa piedra de Pouso Alto, una de cuyas copias fue enviada al famoso Ernest Renán. La escritura fenicia es muy semejante a la escritura aramea y hebrea, como lo atestiguan estas ocho líneas.*

- 1ª)** "Nosotros (somos) hijos de Canán, de Sidón, la ciudad del rey. El comercio ...
- 2ª)** ... nos ha traído a esta costa lejana, región de montañas. Hemos ofrecido un sacrificio de incienso a los dioses ...
- 3ª)** ... y a las diosas en el año decimonoveno de Hiram, nuestro poderoso rey.
- 4ª)** Hemos venido de Asiongaber, en el mar Sereno. Partimos con diez barcos;
- 5ª)** estuvimos juntos en el mar (durante) dos años alrededor de la tierra de Ham y fuimos separados ...
- 6ª)** por la mano de Baal y no estuvimos más con nuestros compañeros. Hemos llegado aquí doce ...
- 7ª)** ... hombres y tres mujeres sobre (esta) orilla lejana, de la que yo Mat-Astart, el jefe,
- 8ª)** he tomado posesión. Que los dioses y las diosas nos sean propicios."

## La reina de Saba

Cuando Salomón concluyó la construcción del Templo de Jerusalén, la fama de su esplendor y sabiduría llegó hasta todos los pueblos vecinos y hasta el lejano país de Saba (posiblemente, Etiopía o Yemen), cuya reina quiso comprobar personalmente tanta riqueza y sabiduría (2 Cron. 9).

Por aquel tiempo Salomón contaba con 700 esposas y 300 concubinas, pero, nada más conocerse, ambos iniciaron un apasionado idilio que dio por fruto a un niño llamado Menelik, que desempeñará un papel fundamental en una de las teorías acerca del paradero del Arca.

Un antiguo texto etíope llamado “Kebra Negast” (La gloria de los reyes), fechado en el siglo XIII d.C., contiene la versión más antigua conservada sobre la leyenda de la reina de Saba y el rey Salomón, el nacimiento de su hijo Menelik en Etiopía y el robo del Arca de la Alianza del primer Templo de Jerusalén. En este curioso manuscrito se relata, con todo tipo de detalles, que el rey Salomón conoció a Makeda, (así es nombrada la reina de Saba) y al momento se quedó prendado por su belleza y sabiduría. Durante un tiempo vivieron juntos sin atender más que a su amor, lo que provocaba los celos de las mujeres de Salomón y el recelo de los cortesanos que veían como su rey descuidaba sus tareas. El tiempo pasó y cuando la reina Saba descubrió que iba a tener un hijo de Salomón, decidió marcharse de Jerusalén.

En el Libro I de los Reyes, capítulo 10, se refiere de forma muy somera a los regalos que Salomón le hizo en su despedida: “El rey Salomón dio a la reina de Saba todo cuanto ella deseó... Después se volvió ella a su tierra con sus servidores”. Pero el “Kebra Negast” es bastante más explícito: “Él le dio las exquisiteces y riquezas más codiciables, cautivadores trajes y todas las magnificencias deseables en el país de Etiopía, camellos y carros en número de seis mil, car-

gados con costosos y apetecibles utensilios”.

Veinte años después, su hijo Menelik regresa a Jerusalén para ver a su padre Salomón, quien inmediatamente le reconoce y le ofrece toda clase de honores. Pero al cabo de un año de estancia, los ancianos de Israel comenzaron a quejarse de que Salomón tenía excesiva preferencia por él e insistieron en que debía regresar a Etiopía. El “Kebra Negast” afirma que fue Menelik quien, en venganza, robó el Arca. Eso sí, antes sustituyó el Arca auténtica por una copia y luego se la llevó hasta ocultarla en Axum (Etiopía).

El largo viaje que hizo Menelik desde Jerusalén hasta Etiopía no fue tan penoso como cabría suponer. Se puede leer textualmente: “Y cargaron los carros y los caballos y las mulas a fin de partir [...] Y, en cuanto a los carros, ninguno cargó el suyo [...] Y ya fuesen hombres, caballos, mulas o camellos cargados, todos fueron elevados del suelo hasta una altura de un codo; y todos los que iban sobre los animales fueron elevados sobre sus lomos a la altura de un palmo de un hombre y todas las diversas clases de equipaje que iban cargadas en los animales, así como quienes iban montados sobre ellos, fueron elevados a la altura de un palmo de un hombre, y los animales fueron alzados a la altura de un palmo y todos viajaron en los carros [...] como un águila cuando su cuerpo se desliza sobre el viento”.

¿Sobre qué fueron montados? ¿Qué gran nave o carro podría albergar a tantos hombres y animales?

Según el texto etíope, cuando los sumos sacerdotes indagaron y preguntaron a sus vecinos egipcios, éstos les contestaron que “hace largo tiempo que las gentes de Etiopía pasaron por aquí, conduciendo un carro como los ángeles y más veloces que el águila en los cielos”.

¿Era el poder del Arca quien conseguía tal prodigio?



*Reproducción en la que se aprecia a la reina de Saba con su séquito.*

## **Del Templo de Salomón a los templarios de Escocia**

La ocupación europea de Jerusalén durante el siglo XII fue inspirada, además de por las intenciones de hegemonía universal del Papa Honorio II, por la extendida creencia de que la ciudad santa escondía una reliquia inconmensurablemente poderosa. Lo cierto es que existió, y sigue existiendo, una clandestina y continuada tradición occidental amparada en la búsqueda del Arca, una empresa disimulada que arranca con el establecimiento de los caballeros templarios en Jerusalén y prosigue, después de la supresión del Temple, a través de sus continuadores, la Orden de Cristo portuguesa y la masonería escocesa, herederos del legado esotérico del Templo de Salomón, del que era parte crucial el ansiado Arca de la Alianza.

La conquista de Jerusalén por el cruzado Godofredo de Bouillon, en 1099, supuso el inicio de una peregrinación hacia los Santos Lugares desde todos los rincones de Europa. Pero esos peregrinos sufrían continuos asaltos de bandoleros, cuando no ataques de los musulmanes; por lo que en 1115, el rey de Jerusalén, Balduino II, hizo un llamamiento a las familias nobles europeas solicitando la ayuda de piadosos caballeros para seguir combatiendo en Tierra Santa.

Hacia 1118, un caballero nacido en Troyes, había participado en la primera cruzada entre las tropas del conde Hugo de Vermandois, hermano de Felipe I, Rey de Francia, se presentó ante el monarca y solicitó su beneplácito para cumplir, junto a ocho caballeros más, el mandato real. Se llamaba Hugo de Payns y sería el primer Maestro de los Templarios.

Como recompensa a su ofrecimiento se les concedió el derecho a alojarse en la mezquita blanca de al-Aqsa, sobre las ruinas del templo de Salomón (de ahí su denominación). En aquella época, se identificaba dicha mezquita como el emplazamiento exacto del

Templo de Salomón y por ello no es fácil de entender cómo a una patrulla de caminos de apenas 25 hombres, contando los escuderos y criados, se le donó semejante emplazamiento, donde cabían sobradamente varios millares de caballeros.

Pero ahí no termina lo extraño del caso. Inexplicablemente, estos primeros nueve caballeros no admitieron a nadie más en la recién creada orden, durante los nueve primeros años de existencia; cuando se supone que tendrían que acoger con satisfacción a cuantos se ofreciesen voluntarios para reforzar su escaso número. Algunas especulaciones relacionan esta decisión con una excavación secreta que llevaban a cabo en los sótanos del Templo.

A esos primeros caballeros se les da grandes facilidades; facilidades que rebasan en mucho las necesidades de unos simples vigilantes de caminos y comunicaciones. Y esos nueve caballeros se empeñan en quedarse solos, hasta que su misión haya dado fruto. ¿Qué misión era esa que tenían que desarrollar los Templarios en tierra Santa?

Parece ser que durante los primeros nueve años, los Caballeros del Temple no hacen otra cosa que proteger a los peregrinos, con más ilusión que eficacia debido a su escasa representación, sobre todo en el peligroso camino del puerto de Jaffa a las murallas de Jerusalén. Sin embargo, a pesar de su valor y abnegado servicio, no consta que participaran en las campañas de los reyes del nuevo reino cristiano desde el fin de la Primera Cruzada.

¿Cuál era entonces su verdadera actividad? Sólo podía tratarse de encontrar algo escondido; y, efectivamente, dedicaban gran parte de su tiempo a desescombrar, bajo el emplazamiento del Templo, las inmensas cuadras de Salomón. ¿Qué era ese “algo” escondido, tan sagrado, que los elegidos tenían que ser hombres que estuviesen por encima de las pasiones humanas? ¿Qué era ese “algo” tan valioso y peligroso, puesto que había que guardar un secreto absoluto? Desde luego debía de ser algo importante porque, diez años después, la fortuna de aquellos hombres iba a cambiar por completo.

Cumplido ese tiempo, Hugo de Payns y la mayoría de los nueve caballeros abandonan la excavación y regresan apresuradamen-

te a Francia. Nunca se explicaron las razones de este precipitado retorno, aunque algunos suponen que el motivo fue el hallazgo de algunas reliquias judías bajo el suelo del templo y la necesidad de trasladarlas a Francia.

El escritor Louis Charpentier, en su libro “El enigma de la catedral de Chartres” afirma que Hugo de Payns y los ocho caballeros que lo acompañaron encontraron el Arca de la Alianza junto a otras piezas de gran valor, y aporta como prueba el relieve esculpido en un capitel sobre dos columnas del Pórtico de los Iniciados de la Catedral de Chartres. En ese relieve se puede ver la imagen del transporte del Arca en un carro de bueyes, con la leyenda “Archa cederis” (obrarás por el arca), y a su lado a un hombre que cubre o agarra con un velo el Arca, junto a un montón de cadáveres entre los que se halla un caballero en cota de malla.

Sin embargo, parece ser que, entre los descubrimientos de los templarios, no sólo figuraba el Arca sagrada. Eso al menos piensan Christopher Knight y Robert Lomas, según su obra “La Clave secreta de Hiram”, pues se habla también de la posibilidad de que encontrasen manuscritos con enseñanzas directas de Jesús y cuyo contenido no podían revelar porque cuestionaban seriamente ciertos dogmas defendidos por la Iglesia. Además, parece que esos textos incluían patrones y medidas arquitectónicas sagradas que, posteriormente, utilizarían en la construcción de catedrales.

Una vez conseguido este magnífico tesoro los Templarios lo trasladarían a la región francesa del Languedoc. el último bastión de los cátaros antes de su aniquilación por las tropas del rey Luis IX en 1243, en la sangrienta Cruzada contra los Albigenses.

Durante la persecución a que fue sometido el Temple a partir de 1307 por Felipe IV de Francia, con la cobarde colaboración del Papa Clemente V (recientemente se ha descubierto que no pudo probar nada en los interrogatorios y que sabía que los templarios eran inocentes de las acusaciones), la leyenda habla de que las noches antes del arresto se vieron salir de su castillo carretas de bueyes llenas de paja en dirección a puertos en la costa atlántica francesa.

Se especula con que algunos de los fugitivos se llevaran parte de los tesoros y manuscritos que habían encontrado bajo los esta-

blos del Templo de Salomón hacia Escocia. Y, una vez allí, los trasladaran al castillo de Saint Clair, en la localidad de Rosslyn, cercana a Edimburgo, donde les esperaba otro templario, William Sinclair, nieto de Henry Sinclair, un cruzado que había visitado Tierra Santa mucho antes de que se descubrieran estas reliquias. Al parecer, William quería construir un templo cuyos cimientos fueran una copia exacta de los de Salomón, con la intención de ocultar en ellos las reliquias y manuscritos en un lugar equivalente al de procedencia. De esta manera, cuando fuese necesario, otros templarios encontrarían el tesoro, dado que el secreto se transmitiría de generación en generación dentro de la orden. Y la Capilla de Rosslyn sería el templo edificado por William Sinclair, en 1447, para contener el Arca de la Alianza y parte de los tesoros de Salomón.

Marcus Allen, escritor y distribuidor en Inglaterra de la revista australiana "Nexus", ha denunciado recientemente que una parte de la capilla está cerrada actualmente al público bajo el pretexto de estar realizándose "reparaciones" en el sótano. ¿Estarán buscando el Arca de la Alianza?

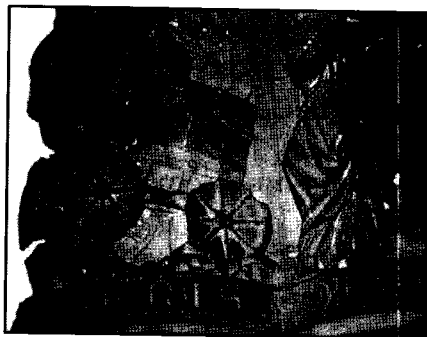
El Tesoro de Salomón puede ser muy amplio y es posible que los templarios descubriesen parte del mismo en sus excavaciones realizadas en Jerusalén. Pero nadie sabe qué parte del tesoro correspondió a la gran Orden de caballería mística. ¿Estaba acaso entre las piezas encontradas un mapa de las expediciones transoceánicas de la flota de Hiram y Salomón? Si es así, sería una buena explicación para la rápida acumulación de riquezas de la Orden y las pistas más recientes sobre su presencia en Sudamérica.

¿Poseían también el Arca y su fabuloso poder? Hasta el momento nadie ha conseguido aportar una prueba convincente. Pero la búsqueda continua y como si de unos nuevos templarios se tratase, son varios los arqueólogos que han realizado excavaciones en busca del cofre más sagrado de la Biblia.

Otra hipótesis relaciona al Arca con el Misterio de Rennes-le Château, el pueblecito de los Pirineos franceses donde el cura Bérenger Saunière descubrió en 1981 un secreto de enorme trascendencia. Al parecer existiría una sociedad secreta conocida como



Priorato de Sión, que sobrevive desde los tiempos en que fue creada la orden de los Templarios. Su misión sería proteger una “estirpe sagrada” descendiente directa de Jesús. Según declaraciones de Pierre Plantard de Saint Clair, actual Gran Maestre del Priorato, ellos están en posesión del secreto de Saunière, y su organización custodia el tesoro del Templo de Jerusalén, que le será devuelto a Israel cuando las condiciones sean propicias.



*Representación del Arca de la Alianza saliendo de Jerusalén en uno de los capiteles del pórtico norte en la Catedral de Chartres*



*Detalle del exterior de Rosselyn.*



*Imagen documentada y ambientada para mostrar la apariencia real de un caballero templario.*

## **El afán esotérico de los nazis**

Existe otra teoría sobre que el Arca de la Alianza, junto con el tesoro de Salomón, llegó a Francia gracias a los visigodos y no a los templarios. En el año 70 d.C., como consecuencia de un levantamiento de los judíos, el general romano Tito redujo a escombros la ciudad de Jerusalén y el Templo de Salomón que había reformado Herodes. Tras la destrucción, los romanos realizaron excavaciones para buscar el tesoro del templo, incluyendo también la zona de los establos. Según parece, tuvieron éxito en sus trabajos y encontraron el Arca, así como otros tesoros de gran valor.

Para ponerlos a buen recaudo, Tito envió el botín a Roma, tal como muestra el arco erigido en el Foro para conmemorar la victoria sobre Palestina. En uno de los relieves del Arco de Tito se ve todavía hoy a un grupo de soldados trasportando un enorme Menorah o candelabro de siete brazos, que bien pudiera ser el que acompañaba al Arca en tiempos de Moisés. A pesar de la gran erosión de las figuras, se puede observar que dos soldados llevan algo suspendido entre dos palos apoyados sobre sus hombros.

Si esto es cierto, el Arca, una vez en manos romanas iría pasando de un emperador a otro hasta la cristianización del Imperio, pudiendo darse el caso, como afirman algunos colectivos judíos de Italia, que estuviese oculta en algún sótano del Vaticano. Para justificar tan seria acusación se basan en la venta de algunos vasos de oro procedentes del tesoro de Salomón que estaban en poder del Vaticano, cuyo beneficio el Papa Pío XII destinaría a la ayuda de los judíos perseguidos por el nazismo.

Y si bien la Iglesia ha mantenido un férreo, casi diríase depreciativo, silencio sobre el asunto, lo cierto es que los nazis aparecen por medio; pero el hilo de la historia es otro muy diferente.

En el año 410 d.C., el rey visigodo Alarico, durante el tercer asedio a Roma, se encontraría con ese tesoro trasladándolo a

Francia y escondiéndolo en el último reducto visigodo, al sur de Carcasona, en la provincia gala de Languedoc, cerca de los Pirineos. En esa zona montañosa, donde más tarde surgiría la herejía cátara, los visigodos habrían escondido el tesoro en una de las grutas, donde permanecería olvidado hasta que en 1931, el historiador alemán y miembro de las SS, Otto Rahn fue al Languedoc atraído por las diferentes tradiciones que situaban allí el escondite del Santo Grial y los Tesoros de Salomón.

Pese a que ignoramos qué encontró en esa primera visita, debió de ser lo suficientemente relevante como para que Heinrich Himler lo enviara de nuevo a realizar una exploración más a fondo en 1937, financiado por propio el partido nazi. Murió poco después y hubo que esperar hasta 1942 a que los nazis fueran derrotados en Rusia para llevar a cabo una misión que parecía imposible.

Otto Skorzeny, jefe del comando que rescató a Mussolini, fue quien dirigió el nuevo intento. Tras elegir un equipo compuesto por escaladores y alpinistas de primera fila, estableció su cuartel general en el último bastión de la resistencia cátara, el castillo de Montsegur. En primer lugar organizó una avanzadilla para reconocer las montañas cercanas y la fortaleza cátara, descubriendo la ruta que éstos usaron para escapar del asedio católico en el siglo XIII. Se trataba de una pared vertical y lisa, imposible de escalar, pero accesible para descender, quizás con un tesoro a cuestas.

Lo cierto es que al pie de esta pared encontraron un sendero que conducía a las cumbres más elevadas y, finalmente, a una gruta donde se piensa que encontraron el tesoro. Era el día 15 de marzo de 1944, la víspera del 700 aniversario de la caída de Montsegur y, según esta hipótesis, los expedicionarios trasladaron el Arca y el resto del tesoro a Alemania, siendo acogidas en Wewelsburg, el palacio-templo solar de Himler, en cuya cripta, una sala abovedada y circular albergaba en su centro una pira y en los muros doce habitáculos en los que debían colocarse las cenizas de los Oberführers muertos.

¿Sigue el tesoro en poder de los nazis supervivientes o tras la victoria aliada terminó embalado en una de las gigantescas cámaras subterráneas de Fort Knox?

## La fábrica de las quimeras

Me había citado en la Puerta de los Leones de Jerusalén, en plena Ciudad Vieja, con David Lehmann, un judío ultraortodoxo perteneciente al grupo Kach, famosos por sus protestas durante la visita de Juan Pablo II en el año 2000.

No es que David fuese uno de los miembros relevantes dentro del Movimiento para la restauración del Templo; pero, eso suponía que olvidaría prontamente la diplomacia, dejándose de precauciones a la hora de hablar.

Al poco rato, lo vi llegar apresurado. Vestía el característico traje negro, con la camisa blanca abrochada hasta el último botón y un sombrero de ala ancha a juego del que sobresalían zarandeándose las “peiots”, esas largas patillas que llevan todos los ortodoxos. Su escasa barba rubia, dispuesta en ralos mechones que parecían algodón de azúcar, le añadía un no sé qué de chivo patético a esa cara de perpetuo escolar tras las gruesas gafas de pasta negra para miopes.

- ¡Salom! -saludó, inclinando repetidas veces la cabeza como si fuese un oriental-. Perdona, pero había un paquete sospechoso en una parada de autobús y el ejército cerró toda la calle. No tuve más remedio que dar un rodeo.

- Es horrible vivir así.

- Lo que es horrible es que esas alimañas sigan infectando esta tierra sagrada.

- Acabaráis matándoos entre vosotros y al final Jerusalén quedará para los cristianos -comenté intentando quitarle un poco de hierro al asunto.

- No me hace gracia.

- A mí tampoco tus comentarios racistas -repliqué, seguro de que David no tendría otro remedio que callarse. Al fin y al cabo, él sólo venía a acompañarme por órdenes de un superior y no se arriesgaría a faltarme al respecto.

- Es mejor que nos apuremos -dijo, como si hubiera escuchado mi pensamiento.

Atravesamos la Vía Dolorosa a toda prisa y al llegar a la esquina con la Hagai Street reparé en que le hacían señas desde un coche. Momentos después, avanzábamos entre la multitud, seguidos por dos hombres vestidos de traje gris, en dirección al barrio judío.

- Creía que a los del Mossad les habían renovado los uniformes -le dije, molesto por aquella situación más propia de una película de espías que de una visita meramente periodística. Sabía que yo no era sospechoso de nada, -los informes presentados habían sido exhaustivos-, así que no entendía tantas medidas de seguridad.

Por fin llegamos a una calle estrecha donde relucía un moderno letrero dorado con letras en hebreo e inglés: TREASURE OF THE TEMPLE. Parecía la típica entrada a una tienda de antigüedades, pero el comportamiento de dos soldados israelíes apartando de mala manera a algunos palestinos que se cruzaban a nuestro paso, me dio a entender que el portal conducía a unas instalaciones más importantes de lo que aparentaban.

Después de un completo cacheo en la entrada, donde me fue requisada la cámara, bajo la promesa de Daniel de que me la devolverían tras revisarla, me condujeron a un pequeño despacho que hacía las veces de sala de espera. Una mesa, dos sillas y algunas revistas en hebreo eran los escasos elementos de su decoración.

Afuera, tras la puerta, conversaban animadamente los dos hombres de gris, con sus ridículos trajes, y David. Por desgracia no podía entender nada, pero el tono de sus sonrisas me resultó ofensivo, como si estuvieran comentando algo sobre mí. Además, el calor comenzaba a apretar y algo me decía que lo de ofrecer un refrigerio no era costumbre entre aquellos individuos.

Había madrugado mucho y el aburrimiento de la espera se estaba transformando en un intenso sopor que amenazaba con invadirme hasta hacerme perder la compostura.

De pronto, sonó un terrible estruendo, que aunque lejano, dejaba adivinar su gran magnitud. Los teléfonos comenzaron a sonar, las sirenas sonaban a lo lejos y el pasillo, tras la puerta, se llenó de gritos que sonaban amenazantes.

La puerta se abrió de golpe. Un hombre rubio y bronceado, con un traje beige que le daba un aspecto juvenil, a pesar de que superaba con creces los cuarenta, me saludó con la cabeza y me hizo un ademán indicándome que me sentara. (La explosión, -luego me enteraría de que había sido un hombre-bomba unas cuantas calles más abajo- y el alboroto ocasionado me había impelido a levantarme de la silla como un resorte).

- Buenos días, caballero, mi nombre es Joseph, pastor evangélico de la Iglesia Americana de Cristo -dijo en perfecto español con un leve acento yanqui-. Tendrá que perdonar que el rabino no pueda recibirle; pero ciertos informes hicieron más conveniente que abandonara Israel por unas semanas.

Se refería al rabino Chaim Richman, hombre muy vinculado al Primer Ministro israelí Ariel Sharon y máximo líder del "Movimiento del Templo", una organización compuesta por judíos ultraortodoxos y cristianos fundamentalistas, empeñada en iniciar la construcción del Tercer Templo de Jerusalén, confiados que con ella llegaría el Fin de los Tiempos, y que era el motivo de mi presencia allí.

- Perdone, pero yo esperaba hablar con el rabino... -intenté decir, pero enseguida fui interrumpido por uno de los hombres de gris que había prorrumpido en la estancia con mi cámara de fotos.

- Tendrá que conformarse conmigo -dijo Joseph, mientras jugueteaba con el objetivo de mi cámara, que se había adelantado a coger, como si temiese que yo la fuera a utilizar-; pero no se preocupe, el rabino me dio claras instrucciones para ayudarle en todas sus dudas.

- Está bien, esta bien. ¿Podría decirme qué hace un pastor protestante entre judíos ultraortodoxos?

- Le dije que procuraría aclarar sus dudas; pero nadie me habló de que fuera a entrevistarme.

- Mis dudas también le atañen a usted -le contesté, tratando de sacarle algo de jugo a lo que tenía toda la pinta de ser un mutis premeditado del rabino.

- Haré una excepción -prosiguió el reverendo Joseph, con mal disimulada irritación-. El motivo de mi estancia aquí sólo es uno: la voluntad del Señor.

Aquello sí que era salirse por peteneras. Me había llevado

meses conseguir todos los contactos para entrevistar a uno de los artífices de la más sospechosa conspiración de los últimos años y me habían servido un predicador televisivo con la boca repleta de topicazos. Pasé al ataque.

- Ustedes quieren iniciar la construcción del tercer Templo de Jerusalén basándose en una interpretación muy sui generis de las Escrituras, aunque eso suponga arrebatarle la explanada de las mezquitas a los musulmanes, con la consiguiente demolición de la mezquita de Omar y la de Al-Aqsa. ¿No le parece que el momento no es el más propicio, que digamos?

- Nosotros no fijamos el momento de los hechos, simplemente nos limitamos a seguir las indicaciones del señor.

Parecía que no estaba dispuesto a aparcar la cassette de las generalidades y lo cierto es que empezaba a sentirme incómodo ante aquella parodia. Sin embargo, insistí:

- ¿No me irá a decir que el paseo de Ariel Sharon por la explanada del Templo fue producto de la revelación divina para iniciar el proceso de reconstrucción del Templo? Discúlpeme, pero el señor Sharon no transmite, precisamente, una imagen muy religiosa...

- No es mi cometido juzgar las actitudes del señor Sharon -me interrumpió levantándose, para darme a entender que había decidido zanjar la conversación-. Ahora, si no le importa, David le enseñará las piezas destinadas para el Templo. Como podrá comprobar, han sido forjadas siguiendo meticulosamente las descripciones que se hacen de ellas en las escrituras.

- ¿Está el Arca entre ellas?

- El Arca todavía no puede ser contemplada.

- Supongo que será la más difícil de imitar... -inquirí, a conciencia de que mi pregunta exigía una contestación más explícita por parte del reverendo.

- Nuestra intención no es fabricar una réplica para el nuevo Templo, sino devolver al Arca de la Alianza auténtica al lugar que le corresponde.

- ¡Entonces, saben dónde se encuentra! ¿La tienen en su poder?

- Eso debería preguntárselo a sus amigos musulmanes. Son ellos los que se empeñan en poner todas las dificultades.

- ¿Me está diciendo que se encuentra bajo el Domo de la Roca? Para los musulmanes es un lugar sagrado y nunca permitirán que se vuelva a excavar allí... -Por primera vez, desde hacía mucho tiempo alguien se atrevía a hablar directamente del tema. No podía perder la oportunidad: ¿Por eso están intentando expulsarlos?

- Tendrá que perdonarme -me interrumpió Joseph, tendiéndome la mano-; pero como habrá escuchado hace un momento, el maligno no descansa para hacer fracasar el plan divino. Ahora vendrá David.

Y dicho eso se marchó.

Poco tiempo después, me encontraba gastando carrete frente a las vitrinas que contenían unas magníficas reproducciones, en oro y plata macizos, de los objetos que aparecían descritos en la Biblia como los utensilios que acompañaban al Arca de la Alianza en el tabernáculo.

Allí estaba el altar de los inciensos, refulgente como un sol, y a su lado las trompetas de plata, aquellas que habían derribado las murallas de Jericó. Competían con su brillo las copas para las libaciones, primorosamente labradas y, en otra vitrina, los anchos y afilados cuchillos para el sacrificio.

Aquello era portentoso y debía costar una fortuna. Me giré hacia el muchacho y le dije:

- Oye David, esto no es precisamente bisutería... ¿De dónde sacáis la financiación?

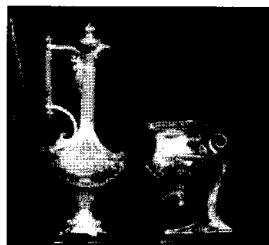
- Yo de eso no se nada -me contestó, haciéndome señas para que me diese prisa. En la puerta los hombres de gris tenían cara de impacientarse.



*Entrada a treasures.*



*Expoaltar.*



*Vaso libaciones.*



# LOS ESCONDITES SAGRADOS

## ¿Dónde excavar?

El paradero del Arca de la Alianza, representa uno de los grandes misterios de la historia y la arqueología. Nadie sabe cuándo, ni en qué circunstancias desapareció. La última referencia que dan las fuentes bíblicas nos llevan al año 642 a.C., durante el reinado de Josías de Judá. Ni en los anales testamentarios, ni en los registros de Nabucodonosor II, existe mención alguna que haya sido llevada a Babilonia después de la destrucción de Jerusalén. Tampoco que haya sido traída del exilio y colocada en el segundo templo o reemplazada por otra. Entonces, ¿qué pasó con el Arca? Examinemos algunas de las tantas respuestas que ha intentado darnos la ciencia.

Por mucho tiempo se pensó que el faraón bíblico Sisaq (conocido en los textos egipcios como Sheshonk I y fundador de la dinastía libia) era una posible respuesta. En el año 918 a.C., invadió Judá con una poderosa fuerza militar, capturó varias ciudades fortificadas y luego dirigió su atención hacia Jerusalén.

En 2 Crónicas 12, se nos dice que Egipto desposeyó a la Ciudad Santa de sus tesoros, lo que supone que Sisaq profanó el Templo. Esto ha llevado a los investigadores a pensar que el Arca fue trasladada a lo que fue la antigua Libia, donde actualmente se encontraría sepultada. Pero dicha suposición desconoce un elemento fundamental, que existe una mención al Arca trescientos años después en 2 Crónicas 34: donde Josías vuelve a mencionarla. Entonces, si Sisaq penetró en el templo, ¿cómo es posible que no se apoderase de un Arca tan famosa? No puede ser que la hubiese dejado de lado o que la hubiese encontrado y no dejara la más mínima mención a ella. La única posibilidad es que el Arca no estuviese en el momento del ataque egipcio. ¿Acaso había sido escondida en algún cuarto secreto?

Esta es la posibilidad que actualmente se está considerando, que el Arca esté enterrada bajo el monte Moriah. Lamentablemente las

excavaciones en el lugar son prácticamente imposibles, debido a que allí se levanta un lugar sagrado para los musulmanes, la cúpula de la Roca y la Mezquita de Al-Aqsa, construida a principios del siglo VII a.C.

Otro lugar donde se dice que es posible que esté el Arca es en Etiopía. En la antigüedad funcionaba el gran reino de Meroe. La línea real sólo era por vía materna y data del siglo VII a.C., pero según la leyenda, el fundador de esa dinastía fue Menelik, el mítico hijo de Salomón y la reina de Saba. De ahí que la fe de muchos atestigüe que Etiopía es el actual depositario del cofre sagrado, aunque sus antiguos habitantes no adoraban a Yahvé, sino a Amon e Isis.

Pero más allá de estas especulaciones, una cosa es cierta, el Arca sigue perdida y las causas todavía son un misterio. Aunque puede que nunca haya existido tal misterio y todo se deba más a la ambición de algunos hombres por dotar de justificación teológica a su codicia política.

Al fin y al cabo, como dice Jeremías 3: “Y cuando ustedes sean muchos y prosperen en el país, ya no se hablará más del Arca de la Alianza de Yahvé, ni pensarán más en ella, ni la recordarán más, ni la echarán de menos, ni la harán de nuevo”. Repitémoslo: “...ni la harán de nuevo”. ¿Quiere esto decir que en la época de Jeremías (605 a.C.), cuando la invasión de Nabucodonosor, el Arca ya no existía o había sido destruida? ¿O fue, más bien, que Jeremías decidió esconderla para siempre?

“El profeta Jeremías, obedeciendo a órdenes del Cielo, se hizo acompañar por el Arca de la Alianza con su toldo y fue al cerro donde Moisés había subido y desde el cual había contemplado la tierra prometida.

Allí Jeremías encontró una caverna; metió en ella el Arca, el toldo que la cubría y el altar del incienso y luego tapó la entrada con piedras. Algunos de los que lo seguían volvieron para señalar el camino, pero ya no pudieron encontrarla.

Al saberlo, Jeremías se lo reprochó y añadió: “Este lugar quedará secreto hasta que Dios tenga compasión de su pueblo disperso y lo reúna. Entonces el Señor mostrará de nuevo estos objetos y su Gloria se manifestará con la nube, igual que se manifestó en tiempos de Moisés y cuando Salomón pidió a Dios que viniera a consagrar su casa” (2 Macabeos 2).

## **El Arca bajo el Domo de la Roca**

Los textos religiosos judíos registran dos paraderos del Arca. Según la Misná y el Talmud, fue enterrada en uno de los túneles secretos excavados bajo el monte del Templo. El enterramiento habría sido obra del rey Josías que, alertado por una profecía sobre la futura profanación del Sancta Sanctorum por los babilonios, la ocultó en una gruta secreta y cegada bajo la Setiyah o Piedra de la Fundación.

Una cita del sabio árabe Maimónides (1135-1204) dice: "... cuando Salomón mandó levantar el Templo pronosticó su destrucción e hizo construir una cueva secreta, muy profunda, donde Josías dio instrucciones de esconder el Arca de la Alianza". Esta información, que Maimónides atribuye a un judío llamado Arabaita, pudo haber inspirado una expedición que en 1908 buscó el Arca bajo el antiguo Templo de Salomón.

Todo comenzó en el palacio-museo de Topkapi, en Estambul, donde el biblista sueco Walter H. Juvelius encontró un código sagrado en un manuscrito del Libro de Ezequiel. En ese código se describía que el emplazamiento exacto de los tesoros perdidos estaba bajo el templo, en un lugar al que se accedía por un complicado sistema de túneles. Juvelius se asoció con un aventurero británico, el capitán Montague Parker, que contaba con el mecenazgo de la duquesa de Marlborough, y decidieron sacar el Arca de su presunto escondite.

Tras una larga cadena de sobornos, consiguieron los permisos pertinentes para excavar bajo Jerusalén; y, gracias a ellos, entre 1909 y 1911 el grupo descubrió varios pasadizos secretos. Pero su búsqueda se detuvo bruscamente el 17 de abril de 1911 cuando Parker y sus hombres intentaron entrar en una gruta natural, justo debajo de la Roca Sagrada sobre la que estuvo colocada el Arca en la época del llamado Primer Templo. El capitán y su equipo descendieron con ayuda de cuerdas a la gruta y empezaron a retirar las pie-

dras que bloqueaban la entrada a una galería muy antigua.

La mala suerte hizo que uno de los vigilantes musulmanes del templo escuchase los ruidos de los trabajos de la expedición en una zona en la que no tenían autorización, y al descubrir a los extranjeros excavando bajo la Roca Sagrada, corrió a la ciudad para dar aviso de la profanación que se estaba cometiendo.

Al poco rato, una multitud enfurecida al enterarse de que unos extranjeros estaban robando el Arca de la Alianza y la espada de Mahoma se concentró frente a los muros del Templo. Poco faltó para que Parker y el resto de la expedición pereciesen destrozados por el gentío. Por suerte, consiguieron escapar a Jerusalén y de allí al puerto de Haifa, donde embarcaron precipitadamente.

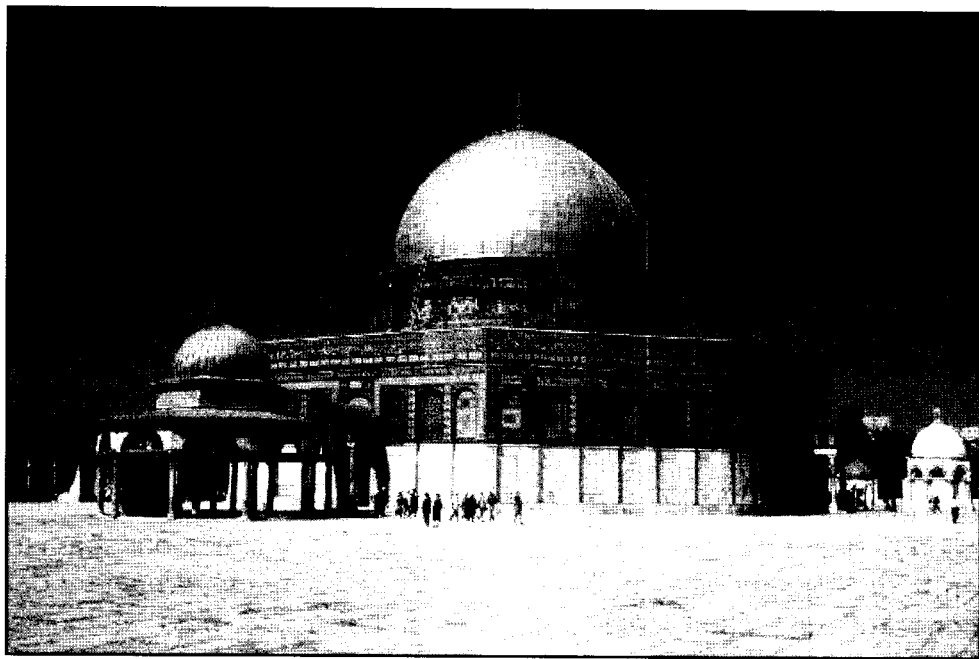
Con las prisas de la huida, Parker no pudo obtener ni una sola prueba que avalara la existencia de los tesoros de Salomón. Sin embargo, consiguió demostrar la existencia de túneles secretos bajo el templo. Algo que nos induce a pensar que siglos atrás podrían haber sido visitados por los templarios, con bastante más tranquilidad y más fortuna. No olvidemos que los monjes guerreros emplearon nueve largos años en excavar y buscar por los túneles, sin que nadie les importunase.

El investigador Randall Price, hace unos diez años, llamaba la atención sobre los antiguos archivos rabínicos donde se mencionaba que el Arca fue sacada del Segundo Templo y escondida en un lugar secreto bajo el almacén de leña. Si esto era así y si nos basáramos en la descripción histórica de la situación del almacén de leña y del conocimiento actual de los pasillos subterráneos bajo el monte Moriah, era posible que existiese un túnel que conduce a una cámara a unos cuarenta y ocho pies bajo la superficie, donde podría encontrarse el Arca”.

Esta afirmación era perfectamente compatible con los hallazgos del gran arqueólogo, pese a sus tendencias visionarias, Ron Wyatt. En sus excavaciones realizadas en 1979, Wyatt aseguraba haber encontrado el Arca impregnada de la mismísima sangre derramada por Jesús durante la crucifixión.

Sospechosamente, los trabajos arqueológicos de Wyatt fueron

vetados por el Gobierno israelí antes de que culminasen. Tal vez porque, de salir a la luz los descubrimientos de Wyatt, podría haberse demostrado que Jesús había sido realmente el Mesías, el Hijo de Dios encarnado, cosa que los judíos no estarían nunca dispuestos a admitir.



*Domo roca.*

## Se cierra el círculo mesiánico

La tradición nos dice que Cristo sólo podría ofrecer el sacrificio de su sangre al Padre celestial y que tal ofrenda debía cumplirse a pesar de que Cristo hecho hombre muriera en la Tierra. Para ello su sangre no podía ser contaminada por ninguna mano impura; por lo que debería seguir el plan establecido por Yahvé seiscientos años antes de la crucifixión. Yahvé mandaría construir el Arca de la Alianza, para tener una representación de su Trono del Cielo en la Tierra, y decidió que finalmente quedaría escondida justo bajo el lugar donde su Hijo sería inmolado.

La leyenda cuenta que tras la muerte del Salvador se oscurecieron los cielos y tembló la tierra, resquebrajándose los cimientos de la cruz y abriéndose una grieta hasta la cámara del Arca. Cuando el centurión romano Longinos clavó la lanza en el costado de Jesús, sus últimas gotas de sangre fueron a caer sobre el Propiciatorio.

El arqueólogo Ron Wyatt, inspirándose en la escena de la gruta de Jeremías, aseguraba que el Arca auténtica (pues al parecer existen innumerables réplicas), se encontraba enterrada bajo el monte Moriah, donde también se encontraban escondidos el Tabernáculo y el Altar del Incienso.

El lugar señalado por Wyatt para iniciar la búsqueda era un vertedero situado a lo largo de la escarpada ladera del monte Moriah, que algunos denominan la “pared del Calvario” y cuyo relieve dibuja una especie de calavera alusiva al Gólgota donde Jesús fue crucificado.

Después de investigar los alrededores, en compañía de sus dos hijos Danny y Ronny, el arqueólogo decidió excavar perpendicular bajo la roca. Después de casi dos años de trabajo, terminó descubriendo una cueva de cinco por cinco metros, y tras introducirse en ella comprobaron que estaban bajo el monte Moriah. El 6 de enero de 1982, después de una intensa búsqueda en todos los pasadizos

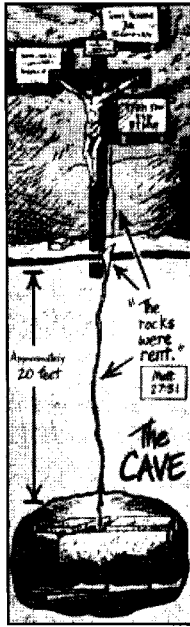
y cavidades encontrados, Wyatt halló lo que buscaba. Bajo la tenue luz de su linterna pudo contemplar una caja de piedra con la tapa partida en dos y justamente encima, en el techo de la cueva, distinguió una grieta ennegrecida por algún sedimento.

Cuando llegó hasta la caja, comprobó que la hendidura de la tapa estaba impregnada de la misma sustancia del techo. Sin embargo, dada la escasez de espacio para moverse volvió días después con unos instrumentos ópticos especiales de cuya lectura dedujo que el contenido de la caja no era otro que el Arca de la Alianza. Posteriormente, el propio Wyatt pudo comprobar que la grieta del techo era la prolongación natural de otra que había visto en un agujero que él había interpretado como base de apoyo para la cruz de Jesús. Wyatt dedujo que la sustancia negra podría ser sangre que se hubiera colado por la grieta, manando directamente sobre la caja de piedra y, claro, sobre su contenido. Por la posición de las salpicaduras en la tapa, aquella sangre, supuestamente de Cristo, habría caído directamente sobre el Propiciatorio del Arca.

Antes de que Ron cerrara la cueva, tomó una muestra de la sangre seca que había permanecido imperturbable por cerca de 2000 años y la llevó al laboratorio para analizar. Usando un microscopio electrónico fue posible encontrar el contenido cromosómico de la sangre. Ron lo describe en su discurso en Nashville, diciendo que la sangre humana normal contiene 46 cromosomas, 23 de cada progenitor. Los cromosomas X son femeninos y los cromosomas Y masculinos. Todos los 23 cromosomas de la madre estaban presentes, pero sólo un cromosoma masculino estaba presente, el cromosoma Y, mostrando que la sangre pertenecía a un hombre, pero que ese hombre no tenía un padre humano.

Wyatt informó a las autoridades israelíes sobre su descubrimiento, pero éstas -según la versión del arqueólogo, pues el gobierno nunca se ha pronunciado directamente-, le “recomendaron” mantener el secreto. Lo cierto es que después de aquello Wyatt se vio obligado a sellar la entrada al túnel y aún hoy nadie ha reanudado sus trabajos.

En cuanto a las fotos que sacó, no sirvieron absolutamente de nada, pues donde deberían aparecer los objetos que fotografiaba sólo se percibía una nebulosa, como si aquella parte de la fotografía hubiera sido desenfocada a propósito.



*Esquema de Wyatt.*



*Lugar calavera.*



# **“Indiana” Vendyl Jones y el Arca Perdida**

En 1994 el doctor Vendyl Jones, el arqueólogo que inspiró a Spielberg el protagonista de su famosa película, comunicó a la agencia de prensa Reuters que conocía la situación exacta del Arca gracias a unas fotografías de alta resolución de Israel tomadas desde un satélite de la NASA. En aquellas imágenes se detectaba una explanada rectangular, rodeada por los restos de una muralla de unos 450 x 270 metros. Después de tres meses de excavaciones, Jones y sus colaboradores concluyeron que aquel yacimiento reproducía a escala el Templo de Salomón.

Esta réplica a menor tamaño del templo de Salomón se encontraría en Gilgal, la ciudad descrita en el Antiguo Testamento como el punto de partida para el ataque de Josué contra las murallas de Jericó.

Jones declaró que la muralla exterior, de 50 metros de altura por 11 metros de anchura, hacía las veces de pared ritual para el Tabernáculo, el lugar donde se supone que se encontraba el Arca.

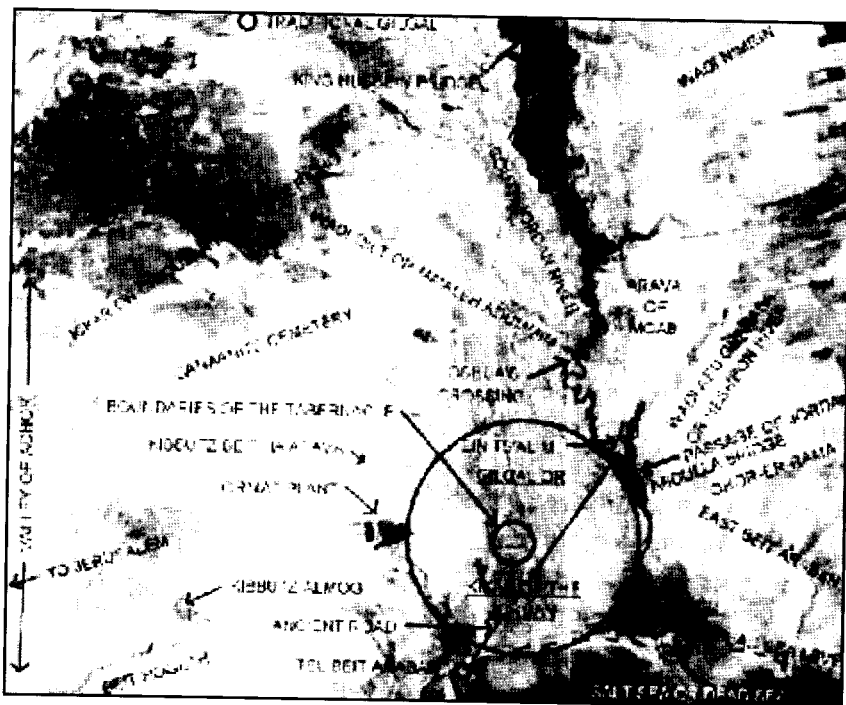
Su interés por aquel sitio surgió a raíz de descifrarse una parte del Rollo de Cobre encontrado en 1952, donde se reproducía una lista en clave de objetos del sancta sanctorum del templo y su posible localización. Según Vendyl Jones el Arca de la Alianza aparece en esa relación y se halla en la ciudad de Gilgal.

Además de las técnicas convencionales, Jones suele utilizar varillas de radiestesia. Para demostrar su eficacia hizo una exhibición ante periodistas de la revista judía Hadassha, caminando sobre una ladera pedregosa y sosteniendo dos de estas varillas de cobre a la altura de los hombros. De repente, en un lugar bastante polvoriento, las varillas apuntaron hacia la izquierda y luego se cruzaron entre sí. Jones insistió en que el movimiento no era natural y dijo que apuntaban a la “séptima cámara”, una gruta intencionadamente sepultada

para custodiar el Arca. Jones cuenta que según el Rollo de Cobre, el Arca de la Alianza se descubrirá gracias a una luz azul que emite y a la que se alude en la película de Spielberg.

Curiosamente, Vendyl Jones no observó esa luz hasta haber visto “En busca del Arca Perdida”. Preguntando si tenía miedo de que le sucediera algo parecido en caso de que él la encontrara algún día contestó que cuando la reliquia vuelva a su lugar correcto no entrará peligro alguno. Citó el libro de Amós, 9,11: “Aquel día levantaré el tabernáculo caído de David, tapiaré sus brechas, levantaré sus ruinas hasta reconstruirlo como antaño”. Y adelantó unas frases como posibles titulares para su futuro descubrimiento: “Vendyl Jones encuentra el tabernáculo. Se reanudan las oraciones en el Templo. Israel es reconocida como la nación elegida por Dios. La paz llega a Oriente Medio”.

Aunque viendo como van las cosas, nos olemos que va para largo el descubrimiento.



*Foto satélite donde Vendyl Jones localizó las ruinas del templo.*

## **Algo late bajo el monte de Moisés**

Como ya apuntamos antes, en la Biblia (Macabeos 2, 1-8) se refiere como el profeta Jeremías ocultó secretamente el Arca y el altar de los holocaustos en una gruta situada en “el monte al que subió Moisés para contemplar la heredad del Señor”. Ese monte, desde el cual Moisés divisó la Tierra Prometida que nunca iba a pisar, debido a su muerte en el desierto, es el antiguo monte Nebó (identificado hoy con el moderno Jaban an-Naba), un lugar que se encuentra en Jordania, a unos cincuenta kilómetros de Jerusalén en línea recta.

Parece deducirse del texto bíblico que Jeremías retiró el Arca de su emplazamiento originario y lo trasladó al monte Nebó, donde permaneció olvidada, sin que nada haga suponer que volvió a Jerusalén, cuando los judíos regresaron de su exilio en Babilonia en el 538 a.C. y reconstruyeron el templo.

En los años veinte del siglo pasado, Anthony F. Futterer buscó el Arca en el monte Nebó. Al parecer la encontró y antes de morir, dejó pistas de su emplazamiento a un tal reverendo Clinton Locy. En 1981, Tom Crotser, arqueólogo estadounidense visitó al reverendo y consiguió una copia de la inscripción que Futterer había visto fuera del túnel bajo el Nebó. Según Crotser, la traducción de esa inscripción era “aquí yace el Arca de la Alianza”. Locy también proporcionó a Crotser un croquis del túnel, motivo por el cual este último viajó hasta Jordania en octubre de 1981.

En el monte Pisagh (en la misma cordillera del monte Nebó) encontraron una cavidad que se correspondía con la entrada de la gruta. Sin permiso oficial, quitaron la plancha de hojalata que cubría la entrada y se introdujeron en el pasadizo el 31 de octubre de 1981. Atravesaron varios ensanchamientos en forma de nichos y Crotser tuvo que romper dos muros de barro y roca que bloqueaban el camino.

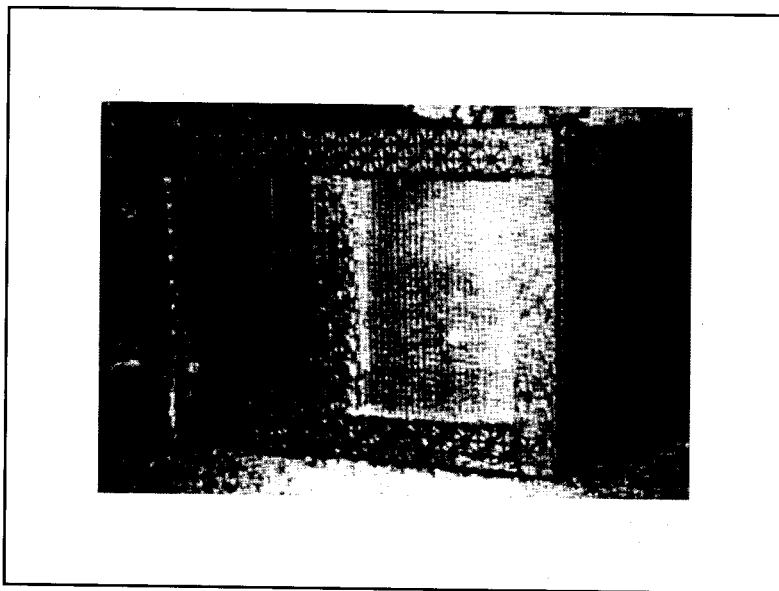
Hacia el final del pasadizo, encontraron otro muro más robusto y sin inscripciones. Al derribarlo apareció ante ellos una cámara tallada en la roca. Crotser opinaba que esta cámara estaba debajo de una antigua iglesia bizantina con la que se comunicaba mediante un pozo vertical. El investigador afirma haber visto en esa cámara la mismísima Arca de la Alianza. La describió como una caja de oro de 1,55 metros de largo por 93,5 centímetros de ancho y otros 92,5 de alto. No tocó la caja por temor a recibir algún tipo de radiación, pero obtuvo varias fotografías y la midió.

Los querubines de oro no estaban en la tapa, aunque en una esquina de la cámara vio unos bultos envueltos en gasa que podrían ser las imágenes de los ángeles. También estaban los palos usados para transportar el Arca y los anillos de oro en sus laterales. Después, Crotser y sus compañeros fueron a Ammán, donde intentaron sin éxito interesar a las autoridades jordanas en su hallazgo.

Este equipo incluía a Tom Crotser, Jim Bollinger y al astronauta Jim Irwin. James B. Irwin, piloto del módulo lunar del Apolo 15, había sido entrevistado anteriormente en la BBC por Richard Baker, quien le preguntó: “¿Qué está haciendo usted ahora?”. Entre otras cosas Irwin dijo: “Estoy ayudando a encontrar el Arca del Testimonio en Jordania”.

El 1 de enero de 1982 (al mismo tiempo que Ron Wyatt estaba abriéndose paso en la cueva) Tom Crotser fue entrevistado por la BBC, donde mostró fotografías del Arca. Ahora bien, resulta curioso que a Crotser le fuese posible obtener fotografías, mientras que a Wyatt no.

A su regreso a Estados Unidos, la agencia de prensa UPI divulgó un comunicado en el que se afirmaba que se había encontrado el Arca. La noticia apareció en la mayoría de los periódicos del mundo. A pesar de ello, este hallazgo no encontró la notoriedad que buscaba, ya que la única fotografía del Arca era de muy mala calidad y mostraba una caja de aspecto moderno con clavos y tiras metálicas, quizás cortadas a máquina.



*Presunta foto del Arca tomada por Croster.*

# El secreto egipcio de los etíopes

Las sequías devastadoras e interminables guerras han forjado una desoladora imagen de este país. Un país que se convirtió en un símbolo de los desastres de la pobreza en el olvidado Tercer mundo, pero que también es riquísimo en historia, culturas y tradiciones.

Los egipcios, 3.000 años antes de Cristo, ya enviaban expediciones a esta tierra en busca de oro, incienso, marfil y esclavos. Etiopía es cristiana desde el siglo IV, incluso antes que Europa, y en la actualidad el 50% de la población todavía practica el rito ortodoxo. Los musulmanes, que llegaron desde Arabia cuando todavía vivía Mahoma, cohabitan en esta tierra con los Falasha, los únicos judíos negros del mundo. De hecho, fue la mismísima reina de Saba quien, fascinada por la sabiduría del rey Salomón, impulsó el culto judío en el Cuerno de África.

Pero lo que despierta más fascinación de ese sorprendente país está basado en una arraigada tradición etíope que afirma que el Arca de la Alianza está en la ciudad santa de Axum, antigua capital del imperio. ¿De dónde le vino a la Iglesia Ortodoxa Etíope la inquebrantable convicción de que el Arca de la Alianza y las Tablas en ella contenidas están en Axum? La respuesta a esta intrincada cuestión nos viene de dos campos: el de la tradición etíope y el de la historia e investigación científica.

La tradición etíope, conservada sobre todo en los ambientes clericales de la Iglesia Ortodoxa, toma como verdad histórica incuestionable lo que se narra en el “Kebre Negest” (Gloria de los Reyes), un libro escrito en Axum hacia finales del siglo XIII o comienzos del XIV. Según este libro medieval, la relación entre Etiopía y el mundo bíblico se remonta al tiempo de Salomón, pues la reina de Saba, de la que se habla en el Libro de los Reyes (1Re 10, 1-13), no era otra que Makeda, la primera reina etíope.

Makeda volvió de su visita a Jerusalén con un hijo en el vientre, fruto de sus relaciones con el rey Salomón, al que llamó Menelik. Cuando éste se hizo mayor, viajó a Jerusalén para conocer a su padre. Salomón lo reconoció como su hijo primogénito y hubiera deseado que se quedase en Israel como sucesor suyo, pero Menelik no aceptó. Entonces el rey ordenó que todos los primogénitos de los notables de Jerusalén acompañaran a Menelik a Etiopía. La noche anterior a la salida, los componentes de la comitiva robaron del templo el Arca de la Alianza, sustituyéndola por otra falsa, y huyeron siguiendo el camino de Egipto.

Esta descripción del paradero del Arca encuentra dificultades insuperables en la existencia contrastada de otros reinos, como Saba o Meroe, que son candidatos más probables a ser la patria de la reina que visitó a Salomón; además, en la época en que vivió Salomón (siglo X a.C.), ni existía la ciudad de Axum, ni hay indicios de una monarquía o un gobierno centralizado en Etiopía.

En 1992 apareció el libro con las investigaciones del periodista Graham Hancock, "Símbolo y señal, En busca de la perdida Arca de la Alianza". Hancock, que había vivido varios años en Etiopía como corresponsal político, se había sorprendido desde el primer momento por la persistente convicción de los etíopes sobre la presencia en Axum de la verdadera Arca. Fue entonces cuando decidí investigar profundamente cuanto había de verdad histórica en aquella creencia, llegando, para su sorpresa, a la conclusión de que el Arca verdadera estaba en Axum.

Una de las opiniones más extendidas respecto a la desaparición del Arca del templo de Jerusalén es que fue destruida junto con el templo en el año 587 a. C., cuando el rey Nabucodonosor le prendió fuego. Pero el hecho de que el Arca no sea mencionada en la detallada lista de objetos que fueron llevados a Babilonia (2 Reyes 25, 13-17) ni en la lista de objetos devueltos a Jerusalén en el año 537 (Esdras 1,7-11), -a saber, "30 fuentes de oro, 1000 fuentes de plata, 29 reparadas, 30 copas de oro, 1000 copas de plata, 410 estropeadas, y otros 1000 utensilios-, hace pensar que el Arca podría haber desaparecido del templo mucho antes del 587.

Quizá eso sucedió en tiempos del rey Manasés (años 687-642 a.C.). Manasés era un rey impío, que profanó el templo de Jerusalén al introducir en él los ídolos de las religiones paganas. Es probable que los sacerdotes sacaran entonces el Arca y la llevaran a un lugar seguro; un lugar que tendría que estar lo más apartado posible de la mano criminal del rey.

Se supone que un grupo de personas huyó a Egipto llevándola consigo y estableciéndose en la isla de Elefantina, en la actual ciudad de Asuán, a mil kilómetros al sur del Cairo; ya que está históricamente probado que en Elefantina vivió una colonia judía desde el siglo VII al V, a.C. y que construyeron un templo donde ofrecían sacrificios de corderos.

Dicho templo sería destruido por los egipcios en el año 410, por lo que el grupo se vería obligado a proseguir su viaje hacia el sur, remontando primero el Nilo y luego sus afluentes, el Atbara y el Takazé, y afincándose en las cercanías del lago Tana, un mar interior a más de dos mil metros de altura. Visitando esta zona conoció la existencia de unos textos antiguos que relataban como el Arca de la Alianza había sido colocada en una especie de tabernáculo en la isla de Tana Kirkos, donde permaneció ochocientos años hasta que el rey Ezana de Etiopía la llevó hasta su emplazamiento actual en Axum.

Ellos serían los ascendientes de los actuales falashas o judíos negros etíopes (que algunas hipótesis románticas consideran como descendientes de una de las tribus perdidas de Israel) que siempre han vivido en el oeste de Etiopía y no en el este, como sería lo normal si hubieran llegado del sur de Arabia a través del mar Rojo.

El Arca descrita en el libro del Éxodo (Ex 25,10-22 ) corresponde a la tradición sacerdotal y, más que de un objeto físicamente existente, parece tratarse de la descripción de un objeto idealizado, digna morada de Dios. En cambio, el libro del Deuteronomio (Dt 10, 1-3) presenta un Arca mucho más simple y su función en el culto y en la religiosidad es mucho más secundaria. ¿Cuál de las dos es entonces la verdadera Arca? Es posible, como ya insinuamos en varios ocasiones en este libro, que se construyeran más de una Arca en diversos momentos.

Recordemos como Menelik fue enviado a vivir con su padre a Israel, donde se educó hasta los diecinueve años, convirtiéndose al



credo judío; y como Salomón hizo construir una copia idéntica del Arca, como regalo de despedida, para que se la llevara a Etiopía. Salomón había permitido que se erigieran ídolos paganos en el templo, en línea con la decadencia de su reinado bajo la influencia de Babilonia. Menelik, temiendo por la seguridad del Arca original, cambiaría la copia, llevándose la auténtica. Graham Hancock sostiene que el Arca de Menelik I se encuentra en la iglesia de Santa María de Sión, en Axum, custodiada por un solo vigilante, casi ciego y con poca disposición a contestar preguntas.

En cuanto al primer testimonio de la presencia del Arca en Etiopía, tendremos que esperar a Abu Salih, un geógrafo armenio que viajó a Etiopía hacia el 1250 d.C., en tiempo del rey Lalibela.

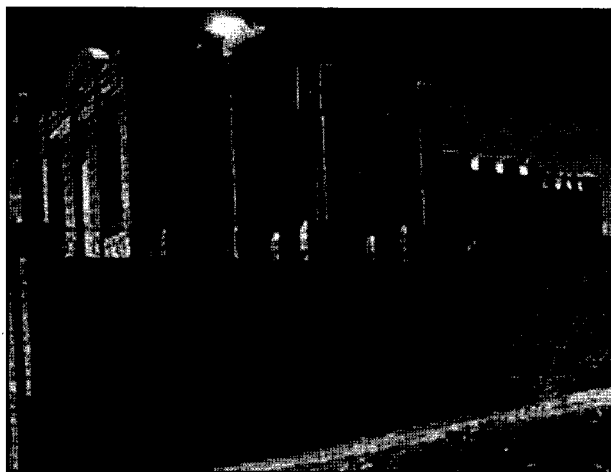
Según la tradición, el Arca se conservó en un primer tiempo en la iglesia de Nuestra Señora de Sión, construida en el siglo IV por el emperador Gebre Meskel, hijo de Ezana. El edificio fue destruido y reconstruido varias veces a lo largo de la historia, posiblemente en el mismo lugar que en la actualidad ocupan dos iglesias, una junto a la otra, con el mismo título de Nuestra Señora de Sión. La más antigua data del tiempo del emperador Fasíldes, hacia la mitad del siglo XVII; y la más reciente se debe al emperador Haile Selassie, en torno a 1965. Haile Selassie construyó también una capilla al lado de la iglesia, destinada a contener el Arca, y es donde ésta reposa actualmente.

El Arca está custodiada por el llamado “guardián del Arca”, un monje elegido para ese cargo y que no se separa jamás de ella, ni de día ni de noche. A la manera de los levitas de Moisés, él es el único que puede verla y tocarla. Se cree que cualquier otro que intentara hacerlo, sea emperador, patriarca, sacerdote o simple fiel, moriría en el acto; el Arca misma le mataría. Y si alguien no creyese en ese poder y lo desafiase, allí están los sacerdotes y los habitantes de la ciudad para ejecutar la sentencia capital.

La fe de los etíopes está fundamentada primordialmente en la posesión del verdadero Arca, pero, ¿qué sucedería si se demostrase que la tan venerada Arca de la Alianza custodiada en Axum y las

Tablas de la Ley en ella contenidas no son más que una imitación construida hace 200 o 300 años? Investigadores como Hancock parecen dispuestos a impedirlo y no sólo confirman la presencia de la auténtica Arca, sino que le confieren el carácter de Grial.

Al parecer, el periodista ha encontrado inquietantes paralelismos entre una de las primeras obras que habla del Santo Grial, el "Parzival" del poeta medieval Wolfram Von Eschenbach, y algunos relieves de la catedral francesa de Chartres, que representan a la reina de Saba. Atando cabos, Hancock llegó a la conclusión de que los templarios habían conocido la leyenda de Menelik y la habían dejado plasmada en clave poética en el Parzival y sobre la piedra de Chartres, siendo el Grial, por tanto, una actualización del Arca, en cuya búsqueda Hancock viajó en varias ocasiones a Etiopía hasta descubrir que las iglesias ortodoxas de este país guardan en su sagrario una réplica del Tabot o Arca, a la que sacan en procesión una vez al año, cubierta por telas, durante la fiesta del Timkat, ceremonia que al parecer aparecía también en los grabados faraónicos de la época de Tutankhamón. Con lo que nos encontramos regresando al principio de este libro y la convicción de que el Arca copia el modelo de los antiguos altares o arcas egipcios.



*Santra María de Sión.*

# Los conspiradores del tercer Templo

El escritor Grant Jeffrey sostuvo una entrevista con el príncipe Stephen Menghesa, biznieto del emperador Haile Selassie y supuesto descendiente directo de Salomón y Menelik, que reproduce en su libro “Profecías de Armagedón”.

Menghesa refirió a Jeffrey que tras la proclamación del Estado de Israel en 1948, muchos falashas etíopes empezaron a discutir planes para el retorno del Arca de la Alianza a Israel y ayudar a la construcción del Tercer Templo, que contribuiría a una auténtica atmósfera de paz y concordia, uniendo a cristianos, judíos y musulmanes y enterrando para siempre las voces amigas de la eterna discordia, ideal que muchos atribuyen también a la Orden del Temple.

Sin embargo, no todos tienen una visión tan ecuménica del asunto:

El arqueólogo estadounidense David Lutz narró un día la siguiente conversación con un rabino: “Me dijo que este descubrimiento no solamente impulsaría la construcción del Templo del Monte Moriah en Jerusalén, sino que además marcaría el final de la Diáspora, la dispersión del pueblo judío. Sería tan influyente como un mandato oral del Todopoderoso para que todas las personas judías volvieran a su hogar en la Tierra Prometida. Para los cristianos sería una clara señal de que nos acercamos al final de esta era y al comienzo del Reino Mesíasico”.

Aunque pueda parecer sorprendente, extremistas cristianos y judíos ya trabajan en la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Detrás de esta iniciativa, financiada y apoyada por una organización llamada el “Instituto del Templo” se esconden oscuros intereses políticos, alianzas religiosas y profecías.

¿Qué ha podido unir a judíos ultraortodoxos y cristianos fundamentalistas en una misma causa? Aparentemente nada. Por eso no deja de ser extraño que uno de los más influyentes rabinos, Chaim

Richman, hombre muy vinculado al Primer Ministro israelí Ariel Sharon, haya recorrido el sur de Estados Unidos reuniéndose congregación por congregación con los líderes protestantes más poderosos. Les pedía ayuda para cumplir un sueño ansiado largo tiempo por ambos: edificar el Tercer Templo de Jerusalén.

Y si analizamos los últimos acontecimientos políticos internacionales podemos descubrir ciertos indicios realmente esclarecedores. Desde el provocador paseo por la explanada de las mezquitas de Jerusalén, llevado a cabo por Sharon, reclamando un terreno que considera suyo; y el atentado del 11 de Septiembre contra las Torres Gemelas; se ha instaurado un estrecho marco de colaboración entre las familias judías sionistas que controlan las finanzas norteamericanas y “los halcones” del partido republicano mayoritariamente protestantes. El objetivo: una campaña intensa contra todo aquello que huelga a musulmán, sea o no terrorista, y el apoyo incondicional al gobierno israelí para que se apodere totalmente del territorio palestino y, naturalmente, de Jerusalén.

¿Por qué los musulmanes? Tal vez alguien empieza a estar harto de su empeño en que no se hagan excavaciones en el Monte del Templo. Además, si se llegase a construir el Tercer Templo, inevitablemente habría que destruir el Domo de la Roca. Por eso no extrañaría que detrás de esta campaña homogeneizante que mete en el mismo saco a fanáticos como Bin Laden con personas decentes, sólo que practicantes del islamismo, tuviera detrás la intención de sacarse de en medio a unos personajes molestos.

James Tabor, director del departamento de Estudios Religiosos de la Universidad de Carolina del Norte (EE. UU.) y uno de los más destacados expertos en mesianismo lo ha denunciado: “Existe un acuerdo entre los judíos extremistas y los fanáticos evangelistas para construir el templo sobre las ruinas de los anteriores, encima del lugar en donde creen que se encuentra el Arca de la Alianza. Y para ello quieren destruir todas las mezquitas existentes en la explanada de Jerusalén”.

Para ello se justifican en una lectura textual de las Sagradas Escrituras, que lleva a la creencia que con la llegada del Tercer Milenio se acerca el Armagedón y de la Segunda Venida de Jesús tan

ansiada por los cristianos y la llegada del verdadero Mesías para los judíos, que tendrá lugar cuando se edifique el Tercer Templo.

La instauración de Israel como Estado tras la Segunda Guerra Mundial abrió una nueva etapa que parecía preconizar en fin de la Diáspora y la hora de reconstruir el Templo dos veces destruido.

Entre los hebreos ortodoxos hay diferencias de opiniones en como y cuando debe construirse el tercer Templo. Una escuela de pensamiento sostiene que el Templo no puede construirse en un estado secular, por lo contrario ese Templo bajará en el fuego desde el cielo completamente construido después de que sea establecido el gobierno religioso a la llegada del Mesías en la edad de La Redención. Las personas que sostienen esto prohíben la entrada a la tierra dónde el Templo ascendió, para que el Lugar Santo no sea pisoteado; un lugar que ha mantenido su santidad a pesar de la destrucción del templo.

Sin embargo, la mayor parte sostiene que el Torah obliga a los hebreos reconstruir el Templo en cuanto se dé la posibilidad para hacerlo (Éxodo 25:8). Como consecuencia, cuando en 1967 el acceso al suelo del Templo se abrió, la nación pecó al no obedecer al mandamiento divino. Ellos sostienen que ningún Templo se ha construido jamás sin la colaboración humana, y que este esfuerzo tenía la aprobación divina.

Atendiendo a la autoridad rabínica, sostienen que aun el cielo, antes de enviar a la Tierra a los Profetas y al Mesías, como la señal de redención, insiste en ver una señal del deseo nacional de empezar los movimientos para la reconstrucción. En consecuencia, desde 1967 (año de la adquisición de la soberanía del Templo de Jerusalén), Israel tiene realmente muchos problemas porque no han empezado la reconstrucción. Cuando en 1987 nace el sentimiento nacionalista palestino, los diferentes grupos judíos decidieron no demorar más la construcción y empezaron a trabajar de maneras diferentes para preparar el día para cuando el Templo se reconstruirá. De esta manera nace el "Movimiento del Templo".

Liderada por el citado rabino Chaim Richman, esta organización fue fundada a finales de los ochenta. Pretendía aglutinar a todos

aquellos que quisieran implicarse en el destino sagrado del pueblo judío. Según sus propias declaraciones existen ya desde hace varios años planos diseñados para la reconstrucción del tercer Templo. Los planos tienen como fuente principal de información la Biblia, y otros textos rabínicos; aunque que se han incluido algunas mejoras modernas como la electricidad, pero siempre de acuerdo con no enturbiar la armonía de la Ley. Otras estructuras ligadas a las funciones del Templo están en la fase de diseño o bien ya han sido diseñadas.

Desde 1987, un grupo compuesto por investigadores, dibujantes y artesanos, bajo la dirección de Rabino Yisrael Ariel, ha creado en el distrito judío en Jerusalén lo que se define como “La espera del templo.” Sus ingenieros informáticos han creado una maqueta virtual del Tercer Templo y de los más diversos artículos para servicio del Templo. Conocido como el “Instituto del Templo”, este grupo dispone ya de instrumentos creados o en fase de elaboración, como los hábitos para los predicadores, las once especias para el incienso sacrificial, todos los elementos necesarios para la ofrenda y el sacrificio, trompetas de plata, una Menorah de oro macizo y el altar.

Sus miembros han estado buscando bajo las ruinas del antiguo templo en la red de túneles y estancias en las cuales se alberga, según la tradición, el Arca de la Alianza. El presidente del instituto dice que el Arca original todavía existe y que se halla en una habitación secreta situada bajo la Montaña del Templo dónde era el Lugar Santísimo. Cuando el acceso a ese lugar se logre y una vez desarrollados todos los otros rituales, entonces será recuperada y colocada en su lugar en el Templo restaurado.

El Instituto del Templo ganó recientemente una importante batalla cuando, tras varios años de intentos, lograron colocar la simbólica primera piedra del Tercer Templo. A partir de ese momento se convencieron de que no había marcha atrás y, al igual que los cristianos fundamentalistas de Estados Unidos, están convencidos de que los sucesos del 11 de septiembre son una prueba de que las profecías se están cumpliendo.

Según los rabinos del movimiento del Templo, para lograr que el Templo sea posible reconstruirlo hoy, aquellos que entrarían debe-

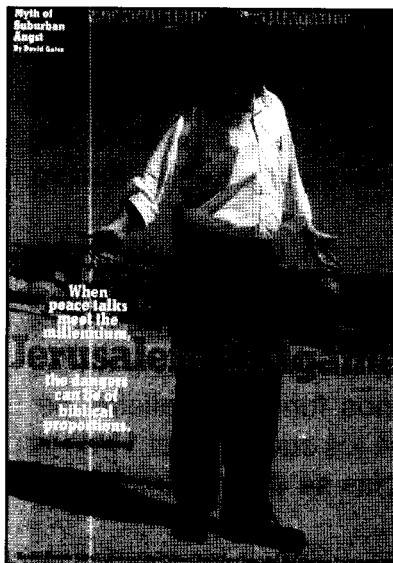
rían purificarse según la tradición y para desarrollar esta función se necesita la ceniza derivada del sacrificio de un ternero rojo.

El primer viaje del rabino Richman a Estados Unidos tuvo una parada obligatoria en Canton, Mississippi. En Israel no ha nacido un cordero rojo desde hace 2000 años y el objetivo era visitar a un granjero y activista evangélico llamado Clyde Lott, al que entre las últimas crías que le habían nacido en rancho había una, a la que llamó Dikie, que tenía una particularidad más que inquietante: era completamente roja, sin mancha, justo como la profecía del libro Números indicaba que debía ocurrir. Ese era el motivo que empujaba a los líderes del Instituto del Templo, como el rabino Chaim Richman, a asistir con urgencia a este rescate. Las autoridades israelitas autorizaron la importación de aquellos terneros y esperaban por su transporte a Israel, pero luego se prefirió evitar una provocación en tiempos tan delicados y han habilitado en Nebraska una granja con todos los medios para que Lott, junto a un buen número de granjeros de origen israelí trabajen lejos de cualquier intromisión.

Finalmente, el 8 de Abril del 2002, saltaba la noticia: el rabino Menachem Makover y el rabino Chaim Richman, anunciaban el nacimiento de un ternero rojo en Israel. La cuenta atrás comenzaba...



*Clyde Lott, con el ternero rojo para el sacrificio.*



*Chaim Richman en la portada de la revista "New York Times Magazine".*

## **La trampa mortal del juguete divino**

Cuando las personas nos empeñamos en que algo tiene que pasar, no sé porque extraña ley ese deseo siempre termina por materializarse; sobre todo cuando se trata de algo que puede ser perjudicial para nosotros mismos.

Últimamente, parecía que todo el mundo estaba empeñado en descubrir el Arca de la Alianza, como si aquel misterioso objeto no pudiese aguardar ni cinco minutos más oculto en su escondite. Y las evidencias comenzaban a crecer como malas hierbas a lo largo de un jardín que no era precisamente el del Edén. ¿O sí? De todas formas era un pálido recuerdo de su esplendor.

Rafael era un fotógrafo free-lance que, contrariamente al intransigente de mi amigo Gonzalo, vivía de todo aquello que se puede capturar y más tarde vender con sólo apretar el obturador de la máquina. Había estado en la guerra de los Balcanes, de donde salió con una cojera perenne, gracias a la mala leche de un francotirador; y la experiencia le había convencido de que era mejor dedicarse a los documentales sobre excavaciones y otros monumentos exóticos que tanto admira la gente cultivada cualquier mañana en las terraza de un café europeo.

Había regresado a El Cairo después de realizar un reportaje fotográfico, (a todo color y para las páginas centrales de una revista inglesa), sobre las peculiares iglesias excavadas en la roca de Etiopía.

Nada más bajar del avión, me había telefonado a mi apartamento y algo en su voz y en la urgencia con que reclamaba que nos viéramos, me hizo presentir que traía consigo algo más que unos cuantos negativos sobre unas bellas capillas.

- Escúchame -me decía hablando entre susurros-, lo que he conseguido es muy grande, más de lo que nadie hubiese imaginado.



No quería contármelo por teléfono, así que decidimos encontrarnos en un destartalado café del barrio copto, del que nunca logré retener su nombre hasta que aquella misma tarde comprobé que, en realidad, nunca lo había tenido; simplemente le llamaban “El Café”.

- Escúchame -volvió a decirme, una vez que estábamos sentados saboreando un te intragable-; pero no te rías, por favor. Esto es muy gordo. Y no sé como utilizarlo sin que me destroce.

Yo no entendía nada, pero sabía que no lograría lo más mínimo si me dedicaba a sonsacarle. Rafael acostumbraba a tener arranques indiscriminados de orgullo que siempre terminaban con una salida de estampida; así que era mejor dejarle hablar a su ritmo.

- Ya sabes que me salió un reportaje sobre las iglesias etíopes de Axum. Un buen trabajo, en una revista importante. Seis páginas centrales, a todo color, y que me lo pagaban de puta madre. Era mi oportunidad para situarme en el sector y quizás conseguir que me fichasen los del National Geographic...

- ¡Vaya! -no pude reprimirme-. Te estás aburguesando, muchacho.

- No es eso; sólo que empiezo a estar cansado de tanta provisionalidad... -me dijo posando una mirada una desconocida mirada lánguida que no pude más que creerme; pero despertó y volvió al tema principal-: ¡Ya hablaremos de eso, si es que llega algún día! A lo que me refiero es que estaba dispuesto a dejarme los sesos en aquel reportaje, quería impresionarles, y después de varios días, al mirar los contactos, me di cuenta que tenía el típico reportaje, como cientos que se ven por ahí.

- Bueno, eso era lo que te habían pedido...

- Ya lo sé; pero yo quería hacer algo más, algo que les dejase con la boca abierta... ¡Y vaya si lo conseguí!

Lo cierto es que me estaba impacientando y decidí utilizar el mejor arma que tenía a mi alcance: encendí un cigarrillo. Rafael era un fumador arrepentido, uno de esos que acaban muriéndose de desesperación por no querer morir del tabaco. Tarde o temprano, se vería obligado a ir al grano. Sino, aún me quedaba el arma secreta de dejar el paquete y el mechero delante de sus narices.

- Bueno, el caso es que... -había captado al vuelo mis malévolas intenciones-. Yo había leído, -me gusta documentarme-, que todas aquellas iglesias estaban unidas por pasadizos secretos; algunos que ni los mismos frailes que ahora custodian las iglesias conocen. Pensé que sería un buen complemento para mi reportaje... ¡"Los túneles secretos de Abisinia"! , pensaba titularlo. Así que me preparé con todo lo necesario: linterna, pilas, algunas provisiones por si acaso, cámaras, carretes y tizas para dejar marcado el rastro. Lo único que me quedaba era saltarme el férreo control de los monjes ortodoxos.

- Es decir, lo principal -sentencié, sabiendo por experiencia que era imposible franquear la barrera que aquellos hombres interponían entre el mundo y los secretos de sus templos. No hacía mucho, yo también había tratado de convencerles para que me dejaran ver la famosa Arca de la Alianza que dicen guardar en Santa María de Sión; incluso les aseguré que no haría ninguna foto, que sólo era para tener la certeza de su existencia; pero no hubo manera.

- Exactamente -asintió Rafael, y continuó narrando-: Sólo que yo contaba con una ventaja. Me había pasado más de quince días fotografiando por dentro y por fuera, palmo a palmo la Iglesia de san Jorge; esa de color rosáceo, con forma de cruz y que fue excavada en la roca...

- Sí, ya sé.

- Bueno, pues había hecho algo de amistad con los frailes y, viendo mi correcto comportamiento, estos habían dejado de vigilarme tan de cerca, permitiéndome que me moviera a mis anchas por las zonas que, previamente me habían autorizado. Además, el prestigio de la revista para la que estaba haciendo el reportaje era una garantía; así que se limitaban a estar un rato conmigo y luego desaparecían para dedicarse a sus quehaceres.

Pedí dos cervezas, para borrar el mal sabor del té y, para mi sorpresa, mi amigo fotógrafo pidió otro té. Si también había dejado de beber es que estaba completamente acabado. Me quedé con las dos cervezas y procuré disimular mi frustración, mientras seguía el hilo de su conversación.

- Lo cierto es que días antes había reparado en una tabla estrecha y vertical que parecía tapan un hueco tras una columna cerca de la entrada. Hasta ese momento siempre había pensado que se trataría de una especie de armario para guardar las escobas o sabe Dios qué; pero aquella mañana algo me dijo que detrás de esa trampilla se escondía la solución a mis problemas. Miré para un lado y para el otro hasta comprobar que estaba sólo y fingiendo que abría la puerta de salida y me marchaba, tiré de la hoja de madera y me encontré...

- Con un pasadizo.

- ¡Ajá! Con un pasadizo tan estrecho que tenía que llevar los codos metidos para adentro. Encendí la linterna y me preparé para ser famoso. Mientras avanzaba entre aquellas paredes desnudas y toscamente pulidas, me iba imaginando los actos de presentación, las conferencias, el aumento de cifras en mi saldo bancario... Me sentía como Howard Carter apunto de descubrir la tumba de Tutankhamon. Estaba tan emocionado que en ningún momento sentí miedo. Hasta se me olvidó, durante los primeros cinco minutos, dejar marcas de tiza para luego saber regresar. Fue entonces cuando el túnel comenzó a ensancharse... ¿Quieres apagar ese pitillo?

- A sus órdenes -contesté; no era plan de que me dejase a medias.

- Me encontré ante tres pasadizos exactamente iguales. Y decidí tomar el de la derecha. Siempre tomaría el de la derecha; así, a la hora de regresar, lo único que tenía que hacer era coger siempre el túnel de la izquierda.

- Muy hábil.

- Gracias. Así estuve durante horas, cuatro, cinco, ya no me acuerdo de cuantas. Siempre cogiendo el túnel de la derecha. Tenía frío. No se me había ocurrido pensar que bajo tierra el sol de Etiopía no tenía nada que hacer. Además en la última hora había reparado en que los pasillos tenían una cierta pendiente descendente, así que a esas horas, sabe Dios a cuántos metros me encontraba bajo tierra.

- ¿No tenías problemas para respirar?

- La verdad es que no. El aire era húmedo y escaso, pero lo suficiente para permitirme seguir avanzando. A lo mejor tú con tanto fumeteo...

- Sigue, no te interrumpas -le dije. No era cuestión de que me diese en ese momento una conferencia de Fumadores Anónimos.

- La cuestión es que empecé a pensar en que tenía que guardar pilas para mi regreso... ¿Qué curioso? Acabo de darme cuenta de que ni por un instante se me pasó por la cabeza mi primera intención de tomar fotografías. Además, todos los pasillos eran iguales. Hubiese resultado un fracaso completo.

Me había tomado la segunda cerveza y pensé en pedir otra; pero la sola posibilidad de que Rafael tuviese la intención de pedir otro té me echó para atrás. No quería que muriese envenenado antes de finalizar su historia.

- Cuando llegué a la siguiente bifurcación de pasillos, decidí darme la vuelta y regresar. Y fue precisamente al girarme cuando enfoqué el interior del pasillo central y percibí que la pared no continuaba recta. A unos pocos pasos, parecía tener una abertura, como si fuese un nicho abierto a la altura de mi cintura para abajo. Me acerqué y comprobé que se trataba de la entrada a una cueva... ¡Mire, perdón -se interrumpió Rafael-, me pone una botella de agua mineral!

Por un momento, pensé que le perdía para siempre y me quedaba con la miel en los labios. Al fin y al cabo, ¿cuántas dosis podría resistir de aquel té sin caer muerto sobre la mesa?

- ¿Te importaría continuar o quieres que me de una embolia? Recuerda que con esto del tabaco soy propenso.

- Bueno, sigo. Pues eso, que entonces la vi.

- ¿Qué viste?

- El Arca. Allí estaba, el Arca de la Alianza, delante de mí, mientras la enfocaba arrodillado a la entrada de la cueva.

- ¿Qué me estás diciendo? ¿Me tomas el pelo? -por un momento no sabía si tomármelo a risa o preocuparme por su estado mental; tanta abstinencia parecía haberle destrozado psicológicamente.

- ¡Te lo juro! Por eso te he llamado, porque no sé qué hacer con las fotos. No quiero que me pase como a Crotser, que le dijeron que eran falsas, o como a Wyatt.

- ¿Qué le hiciste fotos? -le grité, mirando para todos lados, buscando la cámara oculta.

- Sí, sólo unas pocas, estaba tan nervioso. Y luego la opresión que sentía en el pecho. Una opresión que no me deja. Todavía la siento, y creo que va a más.

- ¿La tocaste? ¿Cómo era? ¿Tienes las fotos? -me había rendido completamente y el que empezaba a comportarse como un poseído era yo.

- No la toqué. No me fijé en casi nada. Es más, no sé si había una o más. Durante un momento me pareció ver otra contra la pared, como si estuviese rota. Pero me invadió un terror como nunca he sentido. Y la presión en el pecho... Sólo sé que empecé a correr hacia la salida. A la izquierda, siempre a la izquierda. Y, por fin llegué a hasta la puerta de la Iglesia. Y caí llorando como un niño, delante del altar, agarrado como un poseso al hábito de uno de los monjes que me miraba aterrado. Luego me levanté y conseguí escapar cuando el otro monje intentaba arrebatarme la cámara. Eso es todo.

Rafael me miraba fijamente, como si tras haberme contado toda su historia se sintiese liberado. Parecía haberse librado de un enorme peso y casi podría decir que sonreía, mientras se acariciaba el pecho con las dos manos.

- Pero, ¿y las fotos, viste las fotos? -era como si todo ese peso que antes soportara Rafael hubiese saltado sobre mis hombros y yo no hacía otra cosa que luchar por zafarme-, ¿tienes aquí las fotos?

Rafael puso su mochila sobre la mesa y metió un brazo buscándolas. De pronto, como si una serpiente escondida en el interior le hubiese mordido se quedó paralizado, mirándome fijamente. Entonces, retiró el brazo y se llevó las manos al pecho y cayó como un bloque de hielo sobre la mesa.

El dueño del bar que se había fijado en nosotros, tal vez debido a la subida de volumen de nuestra conversación en los últimos minutos, se dio cuenta al instante de lo que pasaba y salió corriendo de la barra hacia nuestra mesa.

No sé qué me pasó, pero empecé a zarandearlo por el cuello mientras le gritaba: "Ha sido el té, el puto té, que estaba envenenado!".

Luego llegó la ambulancia. Y se lo llevaron al hospital  
Coma por paro cardíaco.

Sólo entonces recordé que en el bolsillo de mi chaqueta estaba aquel sobre que uno de los enfermeros había recogido del suelo y que me había entregado, preguntándome si era mío.

Lo abrí y allí estaba. El Arca de la Alianza. Seguía poseyendo su poder indomable. Un poder aterrador que no perdonaba a aquel que se atrevía a profanar las indicaciones divinas. Daba igual que fuese un buen hombre como Rafael, como el Uzu de la Biblia que sólo quería evitar que se cayese. Su poderío no entendía de circunstancias humanas. Y todo aquel que no tenía esto en consideración terminaba pereciendo bajo los efectos de su radiación divina. El dios Sol es bello y beneficioso, pero si te acercas mueres abrasado. No es culpa suya, simplemente su poder excede cualquier capacidad humana.

Una semana después caí en la cuenta de un comentario que había hecho Rafael instantes antes del fulminante infarto. Estaba mirando las fotografías y pensando en cómo era posible que fueran tantos los que juraban haber visto el Arca. ¡Y estábamos hablando de prestigiosos arqueólogos!, no de sospechoso personajes de feria.

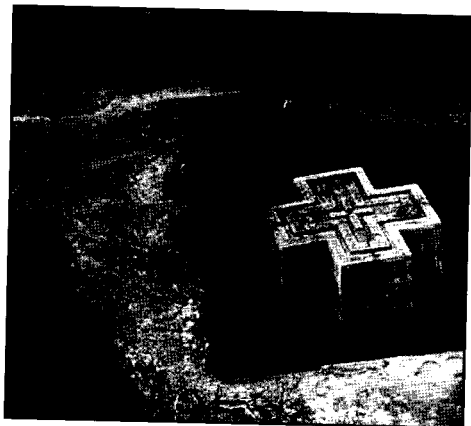
Fue entonces cuando recordé: "...no sé si había una o más. Durante un momento me pareció ver otra contra la pared, como si estuviese rota". ¿Era posible eso? ¿Existía más de un arca? Jeremías había dicho antes de esconderla en la cueva: "ni la harán de nuevo".

¿Se trataba pues de un objeto de culto tan reproducible como las múltiples imágenes de la Virgen, todas ellas con capacidad para obrar milagros? ¿Era acaso otro altar milagroso como los que conoció Moisés cuando fue iniciado como sacerdote en Egipto? ¿Cuántas arcas hay enterradas y aguardan para ser descubiertas y mostrar el poder inmenso y pavoroso de la divinidad?

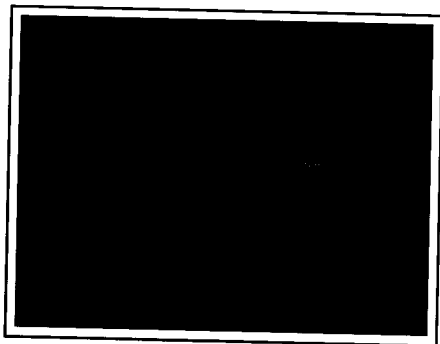
Por un momento pensé en el "Movimiento del Templo" y sonreí sabiendo que por cada arca que ellos establecieran en el Templo, otras muchas aguardaban para rebatirlos. Poseemos arcas de sobra para matar y morirnos nosotros.

Por mucho pueblo elegido que seamos, por mucho que sea

nuestra religión la verdadera, por mucha razón superior que nos consideremos, hasta que no alcancemos la perfección por nosotros mismos, los atributos de la divinidad no serán más que un juguete peligroso en nuestras manos.



*Iglesia de San Jorge.*



*Imágenes obtenidas por Rafael.*

# Epílogo

*(que en realidad también debería haber sido en parte prólogo).*

Rafael se recupera, según parece, en el hospital. Cuando me lo dijeron no pude evitar pensar en que realmente se recuperaría en lo físico, lo mental siempre mantuve mis dudas de que lo tuviera sano... en fin, ¡nadie es perfecto!

Ahora una aclaración y una conclusión.

Lo primero, como el lector habrá supuesto, es que igual que en muchos libros de esta serie, la narración está en parte novelada a fin de hacerla más amena, sin embargo, aunque lo contado (y solamente en cuanto a la acción) no fuera exactamente así, los personajes (independientemente de que su verdadero nombre sea ese o no) existen, los objetos también y los datos históricos y de investigación igualmente son rigurosamente exactos.

Lo segundo, es decir la conclusión de nuestra investigación sobre el tema, es que el Arca de la Alianza, más conocida casi por la película americana: “En busca del Arca perdida” , que por la Biblia o la Historia; realmente existió. Era un objeto de culto con origen seguramente egipcio. Los presuntos hallazgos de esa Arca perdida posiblemente sean ciertos, como veremos ahora eso no tiene nada de extraño. La pregunta es: ¿Qué Arca o Arcas son las que se conservan o incluso pueden llegar a aparecer? La respuesta nos parece muy simple. El Arca era un objeto de culto, posiblemente (según citamos a lo largo del libro) fue construida más de una vez, también pudo, por tanto tener copias.

Tenemos un ejemplo muy cercano. En el mundo cristiano se veneran muchas figuras o iconos de santos y vírgenes, de estas últimas suelen contarse su aparición sobrenatural, y sin embargo muchas veces no se sabe si la que se conserva es la original y, por supuesto, de ella se hacen multitud de réplicas, desde las de gran



tamaño para lugares de culto público, hasta las pequeñas para las devociones de las casa particulares (recordemos ahora lo citado en el libro sobre los altares portátiles en miniatura que consideramos replica parcial o al menos relacionados con el Arca). Por tanto entra dentro de la lógica en que tanto en Etiopía como en otros lugares se conserve el Arca de la Alianza, es decir, copias de la misma.